

CLAVE

TRIBUNA MARXISTA

Abril - Mayo 1940

NUMERO EXTRAORDINARIO



La Crisis en el Partido Norteamericano
(Artículo Fundamental de L. TROTSKY)

ADEMAS:

Sobre Finlandia, por L. Trotsky.
Mariátegui, por E. Espinoza.
Las Elecciones en E. U., por G., Novack.
Sobre la Dialéctica, por J. Gerland.

Notas sobre: el P. C. mexicano; política cubana: el Banco Interamericano, etc.



Núms. 8-9.

Apdo. Postal 8942

Responsable: José Ferrel

México. D. F.

CLAVE
Tribuna Marxista
Revista Mensual

Redacción ADOLFO ZAMORA, JOSE FERREL.
Responsable: JOSE FERREL.

SUSCRIPCIÓN: Un Año\$2.00 Seis Meses\$1.00
NUMERO SUELTO\$0.20
(Moneda Mexicana)

Cartas y Giros al Apartado Postal 8942
MEXICO, D. F.

Administrador: OCTAVIO FERNANDEZ.

Fernando Ramírez 49. Col. Obrera México, D. F.
Registrada como artículo de 2a. clase en la Dirección General de
Correos de México, el día 11 de octubre de 1938.

INDICE

Hechos e Ideas:

	Págs.
Laborde y Campa condenados.....	217
Política Cubana	220
El Banco Interamericano	222
Molotov Reflexiona	225
¿Qué pretende D. Rivera?	227

Artículos:

Resultados de la Experiencia Finlandesa por L. Trotsky	223
La Campaña Presidencial en los Estados Unidos por G. Novack	239
Aniversario de la Muerte de Mariátegui por E. Espinoza	249
Ciencia Estilo Burham, por J. Gerland	257
Apéndice (La Crisis en el Partido Norteamericano)	266
De un Rasguño, al Peligro de Gangrena, por L. Trotsky	268

CLAVE TRIBUNA MARXISTA

Nos. 8-9 Segunda Epoca. México, D. F., Abril-Mayo de 1940

Hechos e Ideas

1.

LABORDE Y CAMPA CONDENADOS

Laborde y Campa han sido al fin expulsados del paraíso burocrático. De semidioses nacionales que eran, han pasado a la categoría de ángeles caídos, y cubiertos de ignominia. Luzbel tuvo un rasgo heroico contra Dios; a Laborde y a Campa no les toca la palma de la rebeldía, sino el oprobio de la humillación y la cobardía. Les echan a puntapiés y salen haciendo genuflexiones, mascullando oraciones a Stalin, con un pequeño refunfuño en los labios para los Vichinskis que les han aplicado la ley de la degradación.

En "Novedades" del 25 de marzo, declaraban Campa y Laborde conjuntamente: "Tenemos que rechazar y rechazamos toda una serie de cargos calumniosos —algunos tan ridículos como el de nuestras relaciones trotskistas— con los que se ha impresionado al Congreso contra nosotros, sin darnos la posibilidad de defendernos, ya que no se nos ha permitido participar en el Congreso, escuchar los informes e intervenir en la discusión, como hubiera sido lo correcto en una organización revolucionaria de procedimientos democráticos. Sólo a última hora, y cuando en el órgano del Partido se hablaba de nuestra expulsión, fué citado el compañero Campa, no para darle la posibilidad de defenderse, sino para someterlo a un interrogatorio amañado que debía constatar suscintamente, sin permitirle entrar en consideraciones políticas ni refutar ampliamente los cargos. En cuanto al compañero Laborde, si no se presentó ante el Congreso fué porque no recibió ningún citatorio".

Y más adelante, refiriéndose a la acusación lanzada contra ellos de estar en relación con el grupo de Ramírez, Guerra y Lobato: "Por el contrario, es la Comisión Depuradora la que hace apenas cuatro días citó y recibió a Arturo Ramírez para hacerlo declarar contra nosotros, en presencia de Laborde, aceptando así el testimonio embustero y venenoso de un hombre justamente considerado desde hace meses como traidor al Partido". Y a continuación sigue una profesión de fe stalinista.

Nada tan altamente instructivo como los breves párrafos citados, en relación con el régimen interior burocrático y el sistema por el que fueron montados los famosos procesos de Moscú. La dirección nacional de un partido es depuesta por una Comisión sin poder para ello; se retiene a aquélla en el seno del Partido el tiempo necesario para que "reconozca" sus errores y se termina expulsándola, sin darle oportunidad de defenderse y con todas las acusaciones de rigor (trotskismo, corrupción, chambismo etc.).

Las lamentaciones de Laborde y Campa sobre la ausencia de democracia con que se les ha juzgado no quieren decir que ellos hayan practicado ésta mientras fueron dirigentes. Es su propio método el que se les aplica. Laborde lo revela y se queja sólo cuando le es aplicado personalmente. Pero el hecho de que en todo el partido no se produjera la más mínima reacción, de que ninguna protesta se levantara contra la intervención extraña de una comisión que no es otra cosa más que la tapadera legal de la G.P.U., demuestra hasta qué grado la organización stalinista mundial está perfectamente adaptada al sistema y alejada de los métodos democráticos de una organización revolucionaria.

En toda la lucha interior no ha habido una sola divergencia política. Depurados y depuradores afirman cada tres líneas su fidelidad a Stalin y a los grandes jefes moscovitas. La comidilla entre unos y otros está en la lucha por la posesión de los cargos burocráticos. Si a Laborde y Campa se les hubiera brindado la oportunidad de hacer con cualesquiera otros dirigentes lo que han hecho con ellos, habrían demostrado y puesto en práctica el mismo cinismo y los mismos procedimientos usados contra ellos. Pero ellos no podían emprender ninguna lucha contra la Comisión depuradora porque en el P. C. ya no se trata de política en ningún momento, sino de conservar el favor de los de arriba.

Si la Comisión depuradora no expulsó a Laborde y Campa

desde el primer momento, fué por cuestión de táctica. La intención, el plan progresivo de su expulsión había sido trazado de antemano. Pero de haberlo hecho desde el primer día se habría corrido el riesgo de que Laborde y Campa, en venganza, se desentendieran de los cargos hechos contra ellos y descubrieran a los verdaderos responsables. Dejándolos simplemente al margen de la dirección tenían que verse obligados a "reconocer" lo que se les pedía, con la esperanza de ser repuestos. Y una vez con sus declaraciones de culpabilidad en la mano, se les podía libremente expulsar. Lo declarado por ellos les impide su propia defensa. La "autocrítica" es un elemento de soborno: "Haced vuestra autocrítica y ya veremos después". ¿Y cómo no hacerla, si cada burocrata sabe que no le queda más recurso que implorar el disfrute de la gracia staliniana con una vileza, hoy más grande que la de ayer?

La llamada de Ramírez por la Comisión Depuradora es de puro estilo G.P.U. —Ramírez, Lobato, Guerra, habiendo sido expulsados por Laborde, gracias a los mismos métodos que sirvieron para expulsarle a él, no podían dejar de vengarse declarando en su contra. Todo el mecanismo de los procesos de Moscú está contenido en la labor de la Comisión Depuradora. Los acusados son puestos en oposición, unos contra otros; recíprocamente utilizados para hacerse acusaciones, que más tarde son empleadas contra ellos mismos, y sucesivamente halagados como candidatos a la readmisión en el seno de la burocracia. Si lo que hemos visto en México puede ser hecho sin los inmensos recursos del poder, la represión policiaca, la tortura, las represalias contra los familiares, ¿qué monumentos de falsedad no podrá montar la G.P.U. en Rusia? Si a dos pobres diablos como Laborde y Campa, que ya han "reconocido" sus culpas, no se les permite siquiera ir a defenderse al Congreso, ¿qué no se habrá hecho con los acusados de Moscú, enteramente a merced de la G.P.U.? Si de Laborde y Campa, sin presión ni tortura, se pueden obtener declaraciones falsas, ¿qué no se habrá obtenido falsamente de los acusados de Moscú?

La pequeña declaración de Laborde y Campa basta para revelar el sistema de falsificación imperante en el stalinismo. La actuación de la Comisión Depuradora es un ejemplo vivo y próximo, aunque debilitado, de la actuación de Vichinski y la G.P.U. en Rusia.

2.

POLITICA CUBANA

Para hacer una estimación de la situación política de Cuba en el momento presente, debemos retrotraernos a las elecciones celebrada el 15 de noviembre último para elegir delegados a una Asamblea Constituyente. El país, después de vivir un período de dictadura militar abierta a partir de 1934, confrontó, por primera vez, las fuerzas electorales de los partidos gubernamentales y las de ciertos sectores opositores (P.R.C. y A.B.C.) que se habían abstenido de participar en todas las mascaradas precedentes.

Estas elecciones para una Asamblea Constituyente han estado determinadas por la necesidad del imperialismo norteamericano de darle un STATUS jurídico al régimen gubernamental presente, a fin de evitar toda posibilidad de explosiones violentas en vísperas de guerra.

Combinados los factores de odio declarado del pueblo contra Batista y su régimen y de excesiva confianza de éste en su aparato, dieron por resultado un ligero margen de mayoría para el bloque de partidos opositores frente al conjunto de los partidos batistianos: 41 delegados opositores y 35 gubernamentales.

Pero hay que analizar la composición de ambos bloques, para llegar a un juicio adecuado. El bloque opositor, unido en el llamado "pacto de los cuatro", estaba compuesto por los partidos Revolucionario Cubano (P.R.C.) presidido por Grau San Martín, A.B.C., vocero de la burguesía comercial y las clases medias reaccionarias, Acción Republicana (A.R.) conjunto heterogéneo de viejos políticos, mandado por el ex-presidente Gómez, y por último, Partido Demócrata Republicano (P.D.R.) de Menocal, fuerza esta última estrechadamente ligada a los hacendados azucareros y al capital financiero yanqui. El partido de Grau, dentro del conjunto, representa el de mayor influencia en las masas obreras y campesinas, aunque la ideología de su dirección fluctúa entre los márgenes del conservadurismo pequeño-burgués y el nacionalismo revolucionario de tipo cardenista.

Del cuadro anterior se deriva que la oposición, en cuanto a

su contenido esencial, no presenta diferencias fundamentales, sino de grado, respecto del bloque gubernamental, compuesto por el viejo partido de Machado (Partido Liberal) y una serie de CLAQUES, formadas al calor del proceso de la dictadura militar (Partido Nacionalista, Conjunto Nacional Democrático, etc.) más el Partido Comunista, convertido en agente de Batista en las filas obreras.

Dado el cariz de las elecciones, Batista decidió, puesto ya en plan de candidato presidencial, precipitar las elecciones generales, para hacerlas con antelación a la reunión de la Constituyente. Pero ante la amenaza del bloque opositor de no asistir a dichas elecciones, se llegó a una inteligencia, y la Asamblea Constituyente se reunió en febrero último.

La Asamblea Constituyente se inauguró bajo la presidencia de Grau San Martín y con la mayoría opositora señalada. Sin embargo, pronto se vió que los "opositores" estaban en plan fabiano, adoptando una actitud de extrema conciliación hacia los machadistas miembros de la Asamblea. Esto llegó a su clímax cuando un miembro del P.R.C., desde su escaño de constituyente, hizo la defensa y panegírico del tristemente célebre Orestes Ferrara, consejero íntimo de Machado, que habiendo sido electo delegado a la Asamblea tenía concurrir a la misma. Detrás de este orador, abundaron sobre el tema, los líderes del A.B.C. y del P.D.R., siendo finalmente recibido en el seno de la Asamblea el responsable de una de las épocas más negras de la historia cubana.

La Asamblea Constituyente se ha desenvuelto a un ritmo extremadamente lento e intrascendente. En medio de este proceso, Batista ha logrado una gran jugada política: atrajo a Menocal a su lado y ahora, bajo el marbete de "Coalición Socialista-Democrática", tenemos, bajo la presidencia de Batista, comiendo en el mismo plato, a los stalinistas y a Menocal, a quien Blas Roca, hacía sólo unos días, había prometido escupir las barbas.

Hasta la fecha en que escribimos estas notas, aun no ha sido presentado al pleno de la Asamblea el proyecto de Constitución elaborado por las distintas comisiones; pero podemos augurar que el resultado final será decepcionante para el pueblo: la gran mayoría de la Asamblea está ahora bajo el control de Batista, que representa las fuerzas e intereses del imperialismo, y toda su decisión estará condicionada por esta característica. El Pacto Ba-

tista Menocal, cuyo panegírico ha hecho Blas Roca en un folleto especial, tiene toda la aprobación del Departamento de Estado yanqui.

Las elecciones generales están señaladas para el 14 de Julio próximo. Hasta la fecha, los partidos P.R.C., A.B.C. y A.R. llevan como candidato presidencial a Grau San Martín. (*) Las posibilidades en cada lado son aún difíciles de precisar. Sin embargo, Batista tiene a su favor el aparato del Gobierno (Congreso, burocracia, gobiernos provinciales y municipales, el ejército y la policía, que difícilmente permanecerán neutrales), recursos económicos ilimitados, la presión sobre los sindicatos a través de sus lacayos stalinistas y un mayor dominio sobre las pandillas que lo apoyan.

Grau, por otra parte, afronta una grave crisis interna en su partido, por cuestión de aspiraciones personales; y sus asociados del A. B.C. y de A.R. sacan ventajas de la situación. En tanto, el pueblo se muestra desorientado, pero no hay duda de que los próximos meses señalarán un definitivo realineamiento en las fuerzas que actúan en el tablero político cubano y que las masas trabajadoras, derivando la experiencia de todo el proceso, darán el paso firme hacia una política propia, fuera de las tutelas corrompidas del stalinismo y de los partidos pequeñoburgueses.

3.

EL BANCO INTERAMERICANO

Un nuevo paso en el proceso de metódico encadenamiento de América Latina es la creación del Banco Interamericano.

Las funciones de ese organismo estarán fundamentalmente relacionadas con el manejo de las monedas latinoamericanas y de la deuda pública continental. Sus propósitos en este campo esencial de su gestión pueden resumirse así: intermediación en los empréstitos y colocaciones de capital yanqui en América; sostenimiento del nivel de las monedas y revalorización de ellas, cuando así conven-

(*) Después de esta nota, Grau ha renunciado a su candidatura. La situación es indecisa. El se da cuenta de que está haciendo el juego a Batista; y no puede remediarlo porque al programa reaccionario de éste, sólo opone él el "programismo" pequeño-burgués.

ga a los intereses de Wall Street. Para ello, organizar y legalizar el empleo del dólar en las relaciones continentales.

Esas funciones, como todo el NEW DEAL en América, están evidentemente dirigidas en contra de los grupos imperialistas de Europa y de Asia: Desplazar a Inglaterra, Alemania, el Japón, principalmente, de esta zona de influencia yanqui. Substituir la libra y a la City, la paotilla japonesa y el acero alemán. Alejar también el peligro de los "agregados" de toda clase que esos grupos mandan a América, en previsión de la beligerancia de los Estados Unidos.

Pero una cosa va con otra. Se desplaza al adversario para substituirlo. El Banco Interamericano permitirá dos cosas a los financieros imperialistas: revalorizar y especular con los viejos empréstitos no pagados y sentar bases económico-políticas sólidas para las nuevas inversiones.

Ya se vió esta tendencia en el convenio firmado por Somoza, el conocido tirano nicaragüense. Con un plato de lentejas, que todavía no ha entregado, Roosevelt consiguió para sus comanditarios de Wall Street, que Somoza aceptara la revalorización de una viejísima deuda nicaragüense, en beneficio de los tenedores norteamericanos y en perjuicio de los miserables contribuyentes de su país. También se habló ahí de estabilizar el "córdoba" mediante un fondo de reserva manejado por los imperialistas.

Ese y otros convenios semejantes han sido el prelude de lo que ahora se preparan los Estados Unidos a realizar en gran escala y con la complicidad de todos los regímenes "independientes" de este hemisferio, por medio del Banco Interamericano. Todas esas revalorizaciones y estabilizaciones en función del dólar serán llevadas a cabo por el nuevo Banco. El se colocará en una posición financiera tal que vendrá prácticamente a substituir en la función que hoy desempeñan, los bancos centrales de los distintos países americanos. Por encima de las decisiones gubernamentales y de las resoluciones de los consejos de administración de los bancos centrales, manejadores hoy de las reservas monetarias y de los cambios exteriores, por encima de la situación real de la balanza de pagos de los distintos países y de las conveniencias que de ella se derivan, las monedas y las deudas latinoamericanas serán manejadas por el grupo imperialista yanqui, en función de sus intereses rapaces. Y todo esto se hace con el beneplácito de las burguesías nativas

(accionistas futuras) y los cabeceos aprobatorios de los "técnicos" economistas que sirven de correvediles entre Washington y las capitales criollas.

Carlos Dávila —el conocido financiero del gobierno de Chile— declara que la América Latina, a pesar de haber suspendido en muchos casos y durante años el pago de las deudas públicas exteriores, han pagado a los Estados Unidos una cantidad fabulosamente superior a cuanto éstos habrían podido esperar de sus inversiones dentro de las normas habituales de la rapacidad capitalista. Sin embargo, no tiene empacho en sostener a continuación la conveniencia de fundar el banco.

Se dirá por esos señores "técnicos" que una será la función estabilizadora del Banco en lo exterior, en el comercio y las deudas externas, y otra será la función de los bancos centrales, limitados a la tarea de dirigir la existencia interior de las monedas, sus relaciones con precios y costos de carácter local. Eso no es más que una mentira, que ellos son los primeros en no creer. La interrelación de las condiciones internas y externas de la economía de un país es demasiado estrecha para que esos dos aspectos puedan ser impunemente manejados por separado, y a base de criterios opuestos. Por lo demás, ¿qué banco central latinoamericano será capaz de enfrentarse con buen éxito al superbanco que está por nacer?

No es farsa ni exceso de previsión, el que Roosevelt diga que está preparando a los Estados Unidos (él dice al mundo) para hacer frente a la situación de la post-guerra que habrá de venir. En la medida en que subsista el dominio burgués en los Estados Unidos y en América Latina, es indudable que el Banco Interamericano, al igual que los tratados y convenios más o menos públicos de Roosevelt con los gobernantes del continente, las inversiones y créditos, los consejeros y misiones, la radio y el cine, está llevando al hemisferio a una situación en la que todos estos países estarán atados por cadenas económicas, financieras, políticas y de todo orden, tan estrechas con los Estados Unidos, que les. No habrá más comprador que los E. U., no habrá más vendedor que ellos, no habrá más inversor ni más prestamista que ellos.

Esos son los cálculos de Roosevelt. Al proletariado norteamericano y a las masas trabajadoras de América Latina correspon-

derá decir que no. No olvidemos que la independencia de los países hispanoamericanos sólo podrá conseguirse a través de la revolución clasista y que la liberación del proletariado norteamericano encontrará su más fuerte sostén en el levantamiento de las masas coloniales del continente.

4.

MOLOTOV REFLEXIONA

El nuevo discurso de Molotov ante el Soviet Supremo tiene una importancia no despreciable. Esta vez, mucho más por lo que no ha dicho que por lo que ha dicho. El 31 de octubre de 1939, Molotov se presentaba ante el Soviet Supremo, no para hablar a los burócratas allí congregados, sino para lanzar a voz en cuello un reto a los imperialismos "democráticos", con quienes acababa de romper la diplomacia stalinista y para loar las ventajas y las halagadoras perspectivas del pacto de amistad con Hitler. Molotov hablaba entonces de esta alianza en el tono más ponderativo, mientras que el empleado, al hablar de las democracias era, más que despectivo, retador. Recuérdese en qué forma Molotov hacía recaer la responsabilidad total de la guerra sobre los aliados, mientras pretendía que una Alemania fuerte era una garantía de paz para Europa.

En el último discurso no se acusa, claro está, cambio alguno en la política exterior del Kremlin, pero el tono indica que la dirección soviética ha reflexionado, y en lugar de una marcha acelerada hacia Hitler, que marcaba el primer discurso, lo que se observa es una atemperación de la amistad; mayor frialdad para Hitler y más neutralidad en los juicios respecto de las democracias. Esto cuadra con la noticia sobre una propuesta de pacto comercial a Inglaterra, que hemos leído en la prensa diaria y con el pavor que infunde a la burocracia la conmoción que produciría su entrada a la guerra.

Mientras que en su discurso del otoño pasado, Molotov dedicó períodos enteros a la acusación contra las democracias, ahora sólo dice, breve y fríamente, que Francia e Inglaterra declararon la guerra a Alemania "so pretexto de sus obligaciones con Polonia" y con el objeto de desmembrarla. Lo significativo de

esta fría concisión es mayor, si se considera el papel jugado por las democracias en Finlandia y lo próxima que estuvo la Unión Soviética a verse complicada en la guerra mundial, a causa de este conflicto. Se ve, pues, que la diplomacia stalinista, dando a Hitler todo su apoyo material y el de la propaganda de la Komin-tern, tiene especial cuidado en evitar que su amistad con Hitler pueda transformarse en actividad bélica.

Molotov ya no recuerda a las democracias la opresión de que hacen objeto a los pueblos coloniales, ni siquiera tiene palabras para reprochar al gobierno francés la persecución de los stalinistas en este país. Muy al contrario, se nos presenta deseoso de descargar la tensión de relaciones existentes entre Rusia y los aliados. Refiriéndose a la presencia, cerca de la frontera soviética, del ejército colonial mandado por Weygand dijo: "En cuanto a los fantásticos planes atribuidos a la Unión Soviética, de un 'Ejército Rojo marchando sobre la India', sobre el este y otras cosas semejantes, son tan palmariamente absurdos que se perdería el sentido, si se creyeran tan absurdas mentiras". Molotov no puede cambiar de estilo, pero en cambio no sabe qué postura adoptar para salvar a su casta burocrática de las consecuencias de la entrada de la U.R.S.S. en la guerra. No sabemos aún adónde llevará a la burocracia este designio, el único que le sirve de guía en su política internacional; pero como su orientación se determina en función de las mayores posibilidades de seguridad burocrática, tanto puede verse complicada en la guerra, al lado de Alemania, como regresar junto a los imperialistas democráticos. La marcha misma de la guerra decidirá.

Lo único evidente es que la burocracia retardará tanto como le sea posible el momento de su participación como beligerante. La experiencia de Finlandia ha obligado a reflexionar al Kremlin, y su exponente, Molotov, traduce esa reflexión en palabras mesuradas. Es particularmente interesante que al hablar de la guerra de Finlandia no ponga apenas acritud en su condenación de la intervención de los imperialistas democráticos. Esta intervención es precisamente una de las razones que han impuesto un sello de mesura al discurso de Molotov. La prueba a que ha sido sometido el régimen burocrático de Stalin es totalmente negativa, a pesar de su triunfo sobre Finlandia. Como consecuencia, el temor a la guerra ha aumentado, en lugar de disminuir. De aquí la intención, marcada en lo que Molotov no ha dicho, de tranquilizar a las

democracias. Y el hecho solo de que el ejército colonial de Weygand permanezca inactivo, después de la invasión germana de Dinamarca y Noruega, pese a la vulnerabilidad de la zona petrolera rusa de Bakú, indica que las democracias no son insensibles a los torpes balbuceos de Molotov.

La alianza con Hitler se mantiene; Stalin le da todo su apoyo, pero no quiere, ni mucho menos, cortar las amarras que pudieran, llegado el caso, retrotraerlo a las aguas pseudodemocráticas de Inglaterra y Francia. Esta es la impresión, bastante acentuada, que se obtiene leyendo el último discurso de Molotov.

¿QUE PRETENDE DIEGO RIVERA?

Diego Rivera ha hecho declaraciones en "La Prensa" del 5 de abril dando rienda suelta a su fantasía. Suele decirse que la fantasía es patrimonio de los artistas. Sin embargo cuando con ella se pretende intervenir en política, sólo da resultados miserables.

Afirma Rivera que "Trotsky apoyará a Stalin en su actitud contra Finlandia el día de hoy, en el Congreso de la Cuarta Internacional que se celebra en Nueva York, para cuyo sitio ya Trotsky envió a su representante, el hispano-mexicano M. Grandizo".

Cada afirmación es una falsedad.

Ni en Nueva York ni en ningún otro sitio se ha celebrado congreso alguno de la Cuarta Internacional. El Congreso nacional del Socialist Workers Party, celebrado entre los días 5 y 8 de abril, no puede ser confundido con una reunión internacional.

M. Grandizo no tiene ni ha tenido nunca la representación de Trotsky. Partió a E. U. durante una ausencia de Trotsky y su viaje tuvo por objeto arreglar con las Sociedades Hispánicas Confederadas y otros organismos de ayuda

el traslado a América de un grupo de refugiados españoles residentes en Francia.

En cuanto al pretendido apoyo de Trotsky y Stalin, se trata de una majadería con la que Diego Rivera, al ejemplo de García Treviño en su último artículo de "El Universal", parece buscar el aplauso de la pequeña burguesía. Estar por la defensa de la propiedad nacionalizada no significa defender a Stalin, de cuya política exterior ha sido Trotsky el más enérgico denunciador.

¿Con qué objeto asienta Rivera esta triple falsedad? Si se tratase de una denuncia policíaca, su declaración, con fechas y nombres, no habría asumido muy diferente forma.

La necedad llega al colmo cuando Rivera deja entender que existe un paralelo entre la presencia en México de numerosos agentes de la G. P. U. y nuestra actitud de defensa de la U.R.S.S. Esto lo dice quien apoya personalmente al candidato reaccionario de la burguesía mexicana, y con ello presta a la G.P.U. una valiosa indicación.

Los Resultados de la Experiencia Finlandesa

Por León TROTSKY

Ellos no lo Previeron

Shachtman y Burnham escriben: "Nosotros" hemos previsto la alianza con Hitler, pero no la ocupación de la Polonia Oriental ni la invasión de Finlandia. Acontecimientos tan inesperados y tan indiscernibles como éstos, reclaman un cambio total en nuestra política. Estos políticos pensaban evidentemente que la alianza con Hitler era necesaria a Stalin para cambiarse felicitaciones de Navidad. "Previeron" la alianza (¿dónde y cuándo?), pero no supieron por qué ni para qué.

Reconocen al gobierno obrero el derecho de maniobrar entre los campos imperialistas y de firmar convenios y pactos con uno de ellos, en contra de los otros. Los convenios y pactos deben tener naturalmente como propósito la defensa del Estado obrero, el obtener ventajas económicas, estratégicas, etc., y, si las circunstancias lo permiten, obtener la extensión del territorio del Estado obrero. El Estado obrero degenerado se esfuerza por conseguir estos propósitos a su manera, es decir, burocráticamente, y ésta a cada paso entra en contradicción con los intereses del proletariado mundial. Pero, ¿qué hay de inesperado e imprevisto en el hecho de que el Kremlin haya intentado sacar la mayor tajada de su alianza con Hitler?

Si los políticos desdichados no previeron "esto", ello fué únicamente porque nunca ponen ellos seriedad en llevar hasta el fin la resolución del más nimio problema. Durante largas

conversaciones con la delegación anglo-francesa, en el verano de 39, el Kremlin pidió abiertamente el control militar de los estados del Báltico. Con motivo de haberse rehusado Inglaterra y Francia a dejarle dicho control, Stalin rompió las negociaciones. Y con esto quedó completamente esclarecido que el entendimiento con Hitler tenía que garantizar a Stalin el logro de este objetivo. Las gentes políticamente maduras de todo el mundo consideraron este asunto de la misma manera, y sólo se preguntaban por medio de qué medidas realizaría Stalin esa tarea: si principiando con Polonia o el Báltico; si emplearía medidas militares, etc.

Sin embargo, el curso de los acontecimientos dependió más de Hitler que de Stalin. Por regla general, no es posible prever acontecimientos concretos, pero la dirección general de los acontecimientos desarrollados no agregó ninguna novedad fundamental.

Con motivo de la degeneración del Estado obrero, la URSS demostró estar más débil de lo que habría podido estar al principiar la segunda guerra imperialista. El entendimiento de Stalin con Hitler tuvo como fin garantizar a la URSS contra el ataque por parte de Alemania y evitar su entrada en una guerra de importancia. Hitler, en los momentos de la invasión de Polonia, necesitaba asegurar su flanco oriental y entonces Stalin tuvo que invadir la Polonia oriental con autorización de Hitler, a fin de llenar ciertas garantías suplementarias en contra de este mismo, en la frontera occidental de la URSS. Sin embargo, como resultado de estos acontecimientos, surgió una frontera común con Alemania, cosa que suscitó el peligro latente de una Alemania victoriosa, con la agravación de la sujeción de Stalin a Hitler.

El episodio de la desmembración territorial de Polonia se ha suplementado en la arena escandinava. Hitler, en una u otra forma, no ha podido menos de comunicar a su "amigo" Stalin sus proyectos acerca de la ocupación de los países escandinavos. Por su parte, Stalin no ha podido menos de temblar de miedo: ello significa el dominio absoluto de Alemania sobre el Báltico y la amenaza directa sobre Leningrado. Y entonces, Stalin buscó nuevamente garantías suplementarias en Finlandia, en contra de su aliado. Sin embargo, chocó

contra una resistencia seria. "El paseo militar" duró demasiado. Escandinavia amenazaba con convertirse en teatro de una gran guerra; Hitler, habiendo preparado el golpe a Dinamarca y Noruega, apremió a Stalin a concluir la paz. Stalin tuvo que abandonar sus planes, renunciando a la sovietaización de Finlandia. Este fué, en sus rasgos fundamentales, el curso de los acontecimientos en el noroeste de Europa.

Los Pequeños Países en la Guerra Imperialista

Abordar el problema del destino de los pequeños países desde el punto de vista de "la independencia nacional" de su "neutralidad", etc., dadas las condiciones de la guerra mundial, significa situarse en la esfera de la mitología imperialista. Se trata de una lucha por el dominio del mundo. Simultáneamente con esto, será resuelto el problema de la existencia de la URSS. Este problema, que es actualmente secundario, habrá de colocarse inevitablemente en primer plano, en determinado momento. En cuanto a los estados pequeños y de segunda categoría, se han convertido ya en "peones" de los grandes imperios. La única libertad que les resta, en una medida muy limitada, es la de seleccionar a su "protector".

En un momento dado, había en Noruega dos gobiernos enemigos: el de los nazis noruegos del Sur, bajo la protección de los ejércitos alemanes, y el antiguo gobierno socialdemócrata con su rey, en el norte. ¿Debían los trabajadores noruegos apoyar al campo "democrático" en contra del fascista? A primera vista, se daría una respuesta afirmativa, por la analogía con España. Pero tal cosa sería un error grave. En España, se trataba de una guerra civil aislada; la intervención de las fuerzas imperialistas exteriores, a pesar de su importancia, tenía un carácter secundario. En Noruega, se trata de una colisión directa e inmediata entre dos campos imperialistas, en manos de los cuales, los gobiernos noruegos enemigos no son más que dos instrumentos. En la escala mundial, nosotros no apoyamos ni a los aliados ni a Alemania. Por consiguiente, no tenemos la menor base, ni ningún derecho para sostener a ninguno de sus instrumentos en Noruega.

Tenemos que aplicar el mismo método a Finlandia. Desde

el punto de vista de la estrategia proletaria, la resistencia finlandesa no es un acto de defensa nacional independiente; tampoco lo es la resistencia del gobierno noruego. El gobierno finlandés ha demostrado esto perfectamente, al preferir la firma de la paz a convertirse en una base de operaciones anglo-franco-americana. Los factores secundarios, como el de la independencia nacional de Finlandia y de Noruega, la defensa de la democracia, etc., han quedado incluidos en la lucha de fuerzas mundiales mucho más poderosas, y sujetas a dicha lucha por completo. Tenemos que eliminar estos factores secundarios, y basar nuestra política en hechos fundamentales.

Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra dieron hace seis años una respuesta rotunda a esta cuestión. "La idea de la defensa nacional" —dicen esas tesis— "particularmente cuando se combina con la idea de la defensa de la democracia, puede engañar muy fácilmente a los obreros de los países pequeños y neutrales (Suiza, en parte Bélgica, los países escandinavos)". Y más abajo: "únicamente un imbécil pequeño-burgués de la provincial Suiza (como Robert Grimm) podría imaginar seriamente que una guerra mundial en la cual él participa es un medio para la defensa de la independencia suiza". Algunos otros pequeño-burgueses, no menos estúpidos, se han imaginado que la guerra mundial es un medio para la defensa de Finlandia o que es posible determinar la estrategia proletaria en función de un episodio táctico como la invasión soviética en Finlandia.

Georgia y Finlandia

Así como los obreros perjudican a los honrados pequeño-burgueses en las huelgas contra el gran capital, del mismo modo, un Estado obrero, aunque sea enteramente sano y revolucionario, puede verse forzado a violar la independencia de uno o más países pequeños en una guerra contra el imperialismo o en la busca de garantías militares en contra del mismo. Quejarse de la dureza de la lucha de clases —exterior como interior— es propio de filisteos demócratas, nunca de revolucionarios proletarios.

La República Soviética socializó por la fuerza a Georgia

en 1921 porque era ésta una puerta abierta al ataque imperialista en contra del Cáucaso. Desde el punto de vista de la autonomía nacional, se podría objetar mucho contra esta clase de socialización. Desde el punto de vista de la extensión de la revolución socialista, la intervención militar en un país campesino era algo más que simplemente dudoso. Desde el punto de vista de la seguridad del Estado obrero, rodeado de enemigos, la soviétización forzosa estaba justificada: el salvar la revolución socialista es superior a los principios formales de la democracia.

Durante mucho tiempo, el imperialismo mundial convirtió el problema de la violación de Georgia en el punto central de movilización de la opinión pública mundial en contra de los soviets. La Segunda Internacional actuó en esta campaña a la vanguardia. La tarea de la Entente consistió en preparar una intervención militar en contra de los soviets. Así como en el caso de Georgia, la burguesía mundial utilizó la invasión de Finlandia para movilizar la opinión pública en contra de la URSS. También en este caso, la social-democracia ha aparecido a la vanguardia del imperialismo democrático. Y bajo la influencia de ella, se encuentra el malicioso "tercer campo" de los pequeño-burgueses asustados.

A pesar de la profunda similitud entre ambos casos de invasión militar, existe una diferencia fundamental: la URSS del presente está lejos de la República Soviética de 21. "El desarrollo monstruoso del burocratismo soviético y la situación difícil de los trabajadores" —dicen las tesis de la Cuarta Internacional sobre la guerra, en el año 34— "rebajaron enormemente la fuerza de atracción de la URSS respecto del proletariado mundial". La guerra ruso-finlandesa ha demostrado, con absoluta claridad, que el régimen actual no es capaz de manifestar ninguna fuerza de atracción, ni a la distancia de un tiro de cañón de Leningrado, cuna de la revolución de octubre. De esto no se desprende que haya que entregar a la URSS al imperialismo, sino que es necesario arrancarla de la burocracia.

"¿Dónde Está la Guerra Civil?"

"Pero, ¿qué hay de la guerra civil en Finlandia, que us-

tedes prometían?", me rebaten los líderes de la ex-oposición, convertidos en líderes del "tercer campo". Yo no prometí nada. Seguí simplemente una de las posibles variantes del futuro desarrollo de la guerra ruso-finlandesa. La ocupación de bases aisladas en Finlandia era tan probable como la ocupación de todo el país. La ocupación de las bases suponía la conservación del régimen burgués en el resto del país. La ocupación total, suponía una revolución social, imposible sin la intervención de los obreros y los campesinos pobres en la guerra civil. Las conversaciones diplomáticas preliminares entre Moscú y Helsinki fueron un intento por resolver el problema a la manera del resto de los países bálticos. La resistencia de Finlandia obligó al Kremlin a lograr sus fines con las armas en la mano. Stalin pudo justificar la guerra ante las masas únicamente por medio de la soviétización de Finlandia. El nombramiento del gobierno de Kuusinen significó que el destino de Polonia, y no del Báltico esperaba a Finlandia; Polonia, donde Stalin, como los periodistas del "tercer campo" no lo esperaban, se vió obligado a provocar una guerra civil y a realizar una revolución en las relaciones de propiedad.

Yo escribí varias veces que si la guerra en Finlandia no se diluía en la guerra general, y que si Stalin no se veía obligado a ceder ante el peligro exterior, tendría que socializar a Finlandia. Esta tarea fué mucho más difícil que la socialización de la Polonia Oriental. Más difícil militarmente, puesto que Finlandia estaba mejor preparada. Más difícil desde el punto de vista nacional, puesto que Finlandia posee una larga tradición de lucha por su independencia en contra de Rusia, mientras los ucranianos y ruso-blancos luchaban en contra de Polonia. Más difícil socialmente, puesto que la burguesía finlandesa resolvió a su modo el problema agrario pre-capitalista, habiendo dado nacimiento a una pequeña burguesía agraria. No obstante, la victoria militar de Stalin sobre Finlandia hubiera abierto indudablemente la posibilidad de la revolución en las relaciones de propiedad, con la ayuda más o menos eficaz de los obreros finlandeses y de los campesinos pobres.

¿Por qué no cumplió Stalin esta tarea? Porque suscitó

una movilización gigantesca de la opinión burguesa mundial en contra de la URSS. Porque Inglaterra y Francia plantearon seriamente el problema de la intervención militar. La última, pero no menos importante circunstancia fué la de que Hitler ya no podía esperar por más tiempo: La aparición de los ejércitos francés e inglés en Finlandia hubiera significado una amenaza inmediata contra los planes de Hitler en Escandinavia, basados en la conspiración y en la acción relámpago. Bajo la presión del doble peligro, por parte de los aliados y de Hitler, Stalin renunció a la socialización de Finlandia, limitándose a la ocupación de ciertas posiciones estratégicas.

Los partidarios del "tercer campo" (el campo de los pequeño-burgueses asustadizos) plantean ahora la tesis siguiente: Trotsky consideró la guerra civil en Finlandia por el carácter de clase de la URSS; puesto que no hubo ninguna guerra civil, esto significa que la URSS no es un Estado obrero. Sin embargo, no había ninguna necesidad para deducir lógicamente una posible guerra civil en Finlandia, de la definición sociológica de la URSS: era suficiente apoyarse en la experiencia de la Polonia Oriental. La revolución en las relaciones de propiedad, realizada en esta última, pudo llevarse a cabo únicamente por el Estado producido por la revolución de octubre. La lucha por su conservación, en las condiciones dadas, impuso a la oligarquía del Kremlin esta determinación. No existía ninguna razón para dudar de que, en condiciones análogas, se vería obligada a repetir la misma operación en Finlandia. Yo no dije más que eso. Pero la situación cambió en el curso de la lucha. La guerra, como la revolución, provoca a menudo cambios bruscos. Una vez suspendidas las operaciones militares del Ejército Rojo ya no se pudo hablar más del desenvolvimiento de la guerra civil en Finlandia.

La previsión histórica es siempre condicional, y mientras más concreta fuere, de más condiciones dependerá. No se trata de una letra de cambio a la vista, que se puede cobrar cualquier día. La previsión descubre únicamente ciertas tendencias del desarrollo. Empero, junto con ellas, actúan fuerzas y tendencias de otro orden, que pueden presentarse en primer plano, en un momento determinado. Quien reclame

una previsión absoluta de los acontecimientos concretos, que busque a un astrólogo. La previsión marxista ayuda únicamente a orientarse. Yo acentué varias veces el carácter condicional de mi previsión, como una de las variantes posibles. Únicamente escolásticos estériles o... líderes del "tercer campo" pueden asirse como a una tabla de salvación a un detalle histórico tan secundario como el de que el destino de Finlandia se haya resuelto temporalmente a la manera de Lituania, Estonia y Latvia, en vez de Polonia Oriental.

La Defensa de la URSS

La invasión de Stalin en Finlandia no fué naturalmente un acto de defensa de la URSS exclusivamente. La burocracia bonapartista dirige la política. Ella se preocupa, en primer lugar, de su poder, su prestigio y sus ganancias. Se defiende mucho mejor a sí misma que a la URSS, y lo hace a costa de ésta y del proletariado mundial. Eso quedó demostrado claramente en el desarrollo del conflicto ruso-finlandés. Nosotros no podemos, por consiguiente, tener ninguna responsabilidad en la invasión de Finlandia, que no es sino un eslabón en los fines políticos de la burocracia bonapartista.

Pero una cosa es solidarizarse con Stalin, defender su política o adquirir responsabilidad por ella —como lo hace la despreciable Komintern—, y otra cosa es explicar a la clase obrera mundial que cualesquiera que sean los crímenes de Stalin, no podemos permitir al imperialismo mundial que destruya la URSS, restablezca el capitalismo y convierta al país de la revolución de octubre en una colonia. En esta explicación se encuentra la base de nuestra defensa de la URSS.

El intento de los derrotistas circunstanciales, es decir, de los aventureros del derrotismo, por libertarse de su situación, con ayuda de la promesa de cambiar su posición derrotista por la defensiva en caso de una intervención aliada, es un indigno subterfugio. No es fácil determinar la propia política con un cronómetro en la mano, y mucho menos en caso de guerra. En los días críticos de la guerra ruso-finlandesa, como se ha sabido últimamente, los estados mayores aliados llegaron a la conclusión de que una ayuda seria y rápida a Finlandia era po-

sible únicamente por medio de la destrucción del ferrocarril de Murmansk. Esto era correcto desde el punto de vista estratégico. El problema de la intervención o no intervención de la aviación aliada dependió de un cabello. Del mismo cabello dependió también, evidentemente, la posición del "tercer campo". Nosotros hemos considerado desde el principio que una posición debe depender de los campos clasistas fundamentales en guerra. Eso es más seguro.

No Entregar al Enemigo las Posiciones Conquistadas.

La política del derrotismo no es un castigo a determinado gobierno por sus crímenes, sino una deducción de las relaciones clasistas. La línea marxista de conducta en la guerra no se basa en concepciones abstractas, morales o sentimentales, sino en la definición social del régimen, en sus relaciones con otros regímenes. Defendimos a Abisinia, no porque el Negus fuera política o "moralmente" superior a Mussolini, sino porque la defensa de un país atrasado en contra del látigo colonial da un golpe al imperialismo, que es el peor enemigo de la clase obrera mundial. Nosotros defendemos a la URSS, independientemente del Negus moscovita, por dos razones fundamentales: 1) porque la derrota de la URSS entregaría al imperialismo nuevos recursos gigantescos y podría prolongar durante muchos años la agonía de la sociedad capitalista; y 2) porque las bases sociales de la URSS, libertadas de la burocracia parasitaria, son capaces de asegurar un progreso económico y cultural inmenso, mientras que las bases capitalistas no ofrecen más que la putrefacción continua.

Más que por nada, los críticos ruidosos están condenados por el hecho de que siguieron considerando a la URSS como un Estado obrero cuando Stalin destruyó el Partido Bolchevique; cuando estranguló la revolución proletaria en España; cuando traicionó a la revolución mundial, en nombre de los "frentes populares" y de la "seguridad colectiva". En todas estas situaciones, ellos consideraron necesario defender a la URSS como un Estado obrero. Pero cuando el mismo Stalin invade la "democrática" Finlandia, cuando la opinión burguesa de las democracias imperialistas, que ha tapado y justificado

todos los crímenes de Stalin contra los comunistas obreros y campesinos, da principio a una campaña inimaginable, entonces, nuestros innovadores gritan: "Ya no podemos tolerar esto". Y siguiendo las huellas de Roosevelt, declaran un embargo moral en contra de la URSS.

Las consideraciones del milagroso sabihondo Burnham en el sentido de que quien defiende a la URSS defiende por consiguiente a Hitler, son una imagen completa de la estupidez pequeño-burguesa que se esfuerza por encerrar una realidad contradictoria en las cadenas de un silogismo ramplón ¿Al defender a la República Soviética después de Brest-Litovsk apoyaban los obreros a los Hohenzollerns? ¿Sí o no? Las tesis programáticas de la Cuarta Internacional sobre la guerra, al analizar este problema detalladamente, establecen categóricamente que el entendimiento del Gobierno soviético con cualquier gobierno imperialista no impone ninguna limitación al partido revolucionario de los países en cuestión. Los intereses de la revolución internacional son superiores a una combinación diplomática determinada, aun cuando ésta fuere legítima. Defendiendo a la URSS, nosotros luchamos contra Stalin lo mismo que contra Hitler más seriamente que Burnham y Cía.

Shachtman y Burnham naturalmente no están solos. León Jouhaux, el conocido agente del capitalismo galo, expresa también su indignación porque "los trotskistas defienden a la URSS". ¿Quién podría estar más indignado que él? Nada más que nosotros nos portamos de la misma manera con la URSS que con la CGT: la defendemos contra la burguesía, a pesar de que esté encabezada por canallas del estilo de León Jouhaux, que engañan y traicionan a los obreros a cada paso. Los mencheviques rusos también dicen: "La Cuarta Internacional está en un callejón sin salida", puesto que sigue reconociendo a la URSS como un Estado obrero. Estos señores pertenecen a la II Internacional, dirigida por los ilustres traidores del estilo del burgomaestre típico Huymans o de León Blum, quien en junio de 36 traicionó una de las situaciones revolucionarias más favorables, y con eso hizo posible la actual guerra. Los mencheviques reconocen los partidos de la II Internacional como partidos obreros; pero se rehusan a re-

conocer a la Unión Soviética como un Estado obrero porque está encabezada por burócratas traidores. La falsedad salta aquí muy clara y cínicamente. Stalin, Molotov, etc., como capa social, no son peores ni mejores que Blum, Jouhaux, Citrine, Thomas, etc. La diferencia estriba en que Stalin y Cía. están explotando y estropeando la base económica robusta del desarrollo socialista, mientras que Blum está amarrado al cimiento podrido de la sociedad capitalista.

Es preciso tomar al Estado obrero tal como salió del laboratorio cruel de la historia, y no tal como se lo imagina el profesor "socialista" que meditabundo se hurga las narices. Los revolucionarios deben proteger cualquier conquista de la clase obrera, aunque esté corrompida por la presión de las fuerzas hostiles. Quien no sepa defender viejas posiciones, nunca sabrá cómo conquistar nuevas.

Coyoacán, a 25 de abril de 1940

León Trotsky.

La Campaña Presidencial en los Estados Unidos

por George Novack

Roosevelt y su New Deal alcanzaron el pináculo de su gloria cuando aquél volvió a la presidencia hace cuatro años, con una mayoría electoral sin precedente. El mercado de valores alcanzó niveles más altos inmediatamente después de la victoria de Roosevelt. Aun cuando ninguna de los padecimientos orgánicos que habían postrado a la economía norteamericana desde 1929 había sido suprimido por las reformas del New Deal, sus medidas habían infundido suficiente energía al sistema como para reavivarlo temporalmente.

Como el "Frente Popular", su réplica política en Francia, el New Deal parecía entonces firmemente atrincherado en el poder. Lo apoyaban no sólo los círculos liberales de la burguesía a quienes servía directamente, sino también sectores amplios de las masas populares, que recibían de él ciertas concesiones. Ante sus ojos parecía abrirse grandiosas posibilidades de "paz, progreso y prosperidad", para recordar el emblema stalinista de aquellos días.

Oteando el horizonte desde la cima de la reanimación industrial, el Presidente, lleno de confianza, lanzó discursos extravagantes. Roosevelt proclamó que la recuperación económica había sido enteramente obra suya: "Así lo planeamos nosotros". Pintóse a sí mismo como amo, no sólo de los Estados Unidos, sino también de las fuerzas anárquicas del capitalismo mundial. Garantizó la paz permanente, una prosperidad extensiva, mayores progresos sociales. Los partidarios del New Deal

cantaron en coro que ellos habían cambiado muchas cosas y que cambiarían muchas más.

Mucho ha cambiado en los últimos cuatro años; pero no en el sentido de las promesas y profecías de Roosevelt. Y ha cambiado, en lo que respecta a la población trabajadora de los Estados Unidos, no para mejorar, sino para empeorar. Y lo peor de todo está todavía por venir. Es a la luz de esos profundos cambios, internos e internacionales, así como de los cambios correspondientes en la política de Roosevelt, que debemos examinar la presente campaña presidencial.

El Colapso del New Deal.

El New Deal que floreció en 1936, hoy ha sufrido un colapso casi total. Abandonado por sus propios creadores, ha dejado de guiar las actividades de la administración de Roosevelt.

El New Deal fué una víctima de la declinación económica que comenzó hacia fines de 1937. El agudo descenso de las operaciones industriales, que sucedió al corto boom de Roosevelt, produjo el pánico dentro de los círculos gobernantes. Los líderes demócratas súbitamente se dieron cuenta, junto con muchos otros, de que a cambio de todos sus prodigiosos esfuerzos y superficiales audacias, el programa de reformas interiores del New Deal había fracasado en la resolución de los problemas básicos del capitalismo norteamericano o en la prevención de un reflujo de depresión económica. La magia de Roosevelt había perdido su poder; los encantamientos del hombre-medicina de la Casa Blanca ahora sonaban tan huecos como los de Hoover. Gastados sus recursos políticos en superar las pesadas consecuencias de la crisis anterior, los New Dealers habían guardado muy poco para enfrentarse con la nueva crisis. Estos liberales pequeños burgueses cayeron en la bancarrota.

La insolvencia del movimiento del New Deal obligó a Roosevelt a buscar otra política. El oportunista Ejecutivo del Estado capitalista encontró esa nueva política muy cerca de la mano, en los planes que habían sido mantenidos en reserva y promovidos clandestinamente por los departamentos de Estado y de Guerra.

Mientras el New Deal había florecido dentro de los Estados Unidos, Alemania en el Oeste y el Japón en el lejano Oriente, machacando el orden de post-guerra construido por los triunfadores en Versalles, habían comenzado a avanzar sobre los puestos económicos y políticos de vanguardia del imperialismo norteamericano. La crisis política dentro del régimen rooseveltiano coincidió con la insistencia creciente de los grandes patrones para que aquella amenaza en contra de su supremacía fuese contra-atacada con mayor vigor.

Hasta ese momento, la política exterior de Washington había estado subordinada al programa interno de reformas de Roosevelt. La diplomacia norteamericana perseguía así objetivos limitados y procedía con cautela. En América Latina, por ejemplo, la mano de hierro por cuyo medio el imperialismo yanqui mantiene su dominio fué ocultada dentro del guante de seda de la política del "buen vecino". Sólo en casos de extrema emergencia fué revelada al desnudo, como en la ayuda acordada a la dictadura de Batista en Cuba y a la de Vargas en el Brasil. Mientras que Wilson habría bombardeado a Veracruz y despachado ejércitos sobre México, con motivo de la expropiación de las compañías petroleras, Roosevelt redujo su intervención como representante del capital anglo-yanqui a protestas diplomáticas y a presión económica.

Esta política imperialista relativamente pasiva, pacífica y limitada fué descartada en favor de una política agresiva, beligerante y amplia de intervención en los asuntos mundiales. La máscara del aislacionismo fué arrojada y expuestos los rasgos verdaderos del imperialismo norteamericano. Roosevelt, primero anunció la nueva tendencia en su famoso discurso de Chicago, en octubre de 1937, cuando reclamó una "cuarentena contra los agresores". Con este lema, proclamó una ofensiva en contra del Japón y Alemania, los principales enemigos del imperialismo norteamericano. Después, colocó a la Unión Soviética en la misma categoría.

El New Deal fué sacrificado en aras de la nueva cruzada que dictaron las necesidades materiales de los monopolizadores de Norteamérica. La lucha en contra de la plutocracia, que había sido el grito de guerra del New Deal fué abandonada, aún en las palabras, desde el momento en que Roo-

sevelt se embarcó en la empresa de salvaguardar los intereses pertenecientes a los mismos plutócratas en el extranjero. El New Deal fué substituído por el War Deal (Trato de Guerra).

Durante los últimos dos años y medio, la administración de Roosevelt ha luchado por preparar a los Estados Unidos para una participación activa y completa en el conflicto imperialista que se inició el último septiembre. En todas las esferas de la vida norteamericana, desde las escuelas y los films hasta las fábricas y las fuerzas armadas, la influencia de esta política se ha dejado sentir. La campaña oficial en contra de "extranjeros enemigos" y "agentes del exterior" ha ido de la mano con una extensa campaña en contra del trabajo. El derecho de huelga, particularmente "en contra del gobierno", ha sido discutido. Agentes del Departamento de Justicia persiguen y espían a los militantes sindicalistas y a los líderes de los sin empleo. Están listos los planes elaborados para alistar a los trabajadores y movilizarlos en la máquina guerrera. Los fondos para ayuda a los sin empleo han sido suspendidos, para construir más cañones. La juventud sin ocupación es invitada a ingresar al ejército.

Simultáneamente con estas preparaciones internas para la guerra y para la imposición de una dictadura militar sobre el pueblo, el Gobierno ha emprendido enérgicas actividades diplomáticas en contra de Alemania, del Japón y de la Unión Soviética y en pro de Inglaterra, Francia y sus aliados, como lo indican las recientes revelaciones concernientes a las gestiones de los embajadores Bullitt y Kennedy. En abril de este año, Roosevelt proclamó a la Unión Panamericana que es preciso estar preparados (bajo la dirección yanqui) "para enfrentarse a la fuerza con la fuerza". El War Deal marcha adelante, con Roosevelt a la cabeza. La entrada de los Estados Unidos a la lucha militar, ahora es sólo cuestión de tiempo y de circunstancias oportunas.

El Avance de la Reacción.

El que Roosevelt descartara el New Deal para adoptar el War Deal fué una gran victoria para la reacción capitalista.

Para prepararse para la guerra en el exterior, Roosevelt tenía que hacer algo más que la paz con los plutócratas de casa. Tenía que encargarse oficialmente de la campaña en contra de las masas trabajadoras, que forma parte integrante de su política imperialista.

La reacción en contra del New Deal, manifestada primero en las decisiones de la Suprema Corte declarando fuera de la ley a la N.R.A. (National Recovery Act) y otros ordenamientos legales, se ha desarrollado desde entonces en oleadas sucesivas. A la fecha, se ha vuelto suficientemente fuerte para controlar el Partido Demócrata y el Gobierno. La extensión de la reacción puede medirse por el decreto Logan-Walters, expedido por la Cámara de Representantes el 18 de abril, que sujeta el gobierno y manejo de 130 oficinas y agencias federales a revisión de los Tribunales. Esa medida tiene el designio de emascular la legislación del trabajo tal como la Ley de Salarios y Jornadas y la Ley Nacional de Relaciones de Trabajo. Una moción para eximir esas leyes del alcance de aquél decreto fué desechada por 73 contra 24 votos.

Oprimidos en todos sus costados por la creciente reacción capitalista, los trabajadores están ideando los medios y modos de combatirla. En su defensa, los trabajadores chocan constantemente con las agencias oficiales u oficiosas de los patronos capitalistas.

Este conflicto de clases que se agudiza, se refleja dentro de los círculos directores del Partido Demócrata reinante. El ala ultraconservadora, dirigida por el Vice-Presidente Garner, viejo banquero avaro y político mangonero de Texas, vé en la marea reaccionaria que sube su oportunidad de recobrar el control completo del aparato del Partido de manos de los líderes centristas agrupados alrededor de Roosevelt. Garner ha anunciado oficialmente su candidatura para ser designado por los demócratas.

El ala izquierda del Partido Demócrata está encabezada por John L. Lewis, Presidente de los Trabajadores Mineros Unidos y del C. I. O. (Congreso de Organización Industrial). Sintiendo el descontento de las masas trabajadoras, Lewis declaró en septiembre último que el New Deal había fracasado en el cumplimiento de sus promesas. Ha amenazado con

salirse del Partido Demócrata y organizar un tercer partido, en caso de que los demócratas no adopten un programa y un candidato satisfactorios para el C. I. O., en la venidera convención. Cualquiera que sea la seriedad que Lewis haya puesto en sus palabras, éstas reflejan la desilusión de los obreros con Roosevelt y su deseo de romper amarras con la dominación política de los partidos capitalistas.

La aguda lucha entre esas dos tendencias opuestas, expresada en las diatribas de Lewis en contra de "los demócratas de Garner", anuncia una escisión inminente en las filas demócratas.

El Papel de Roosevelt.

La posición del Presidente Roosevelt en el Partido Demócrata de los Estados Unidos corresponde, en líneas generales, a la del Presidente Cárdenas en el "Partido de la Revolución Mexicana". Roosevelt ocupa una posición intermedia entre dos facciones contendientes: el ala derecha, que representa abiertamente a los grandes patronos, y el ala izquierda, que representa oficialmente a la mayoría del trabajo organizado. Roosevelt ha actuado como árbitro supremo en los conflictos entre esas facciones antagónicas de su partido, y entre las fuerzas sociales antagónicas de la Nación. Su prestigio y su poder público se han derivado de sus triunfos en el desempeño de esa función.

La posición de Roosevelt en cualquier momento dado y en cualquier situación específica, ha sido la resultante de las presiones ejercidas sobre él por esos campos opuestos, y esa es una medida de sus fuerzas relativas. Actualmente, la reacción capitalista está a la ofensiva; los trabajadores, a la defensiva. Pero el triunfo del ala conservadora en la próxima convención podrá sacar a los trabajadores del C. I. O. fuera del Partido Demócrata. Roosevelt se encuentra ansioso por mantener unidas esas fuerzas y por evitar una ruptura profunda en las filas de su organización política.

El Retorno del Partido Republicano.

Inmediatamente después de la victoria demócrata en las elecciones presidenciales pasadas, nosotros escribimos en So-

cialist Appeal (Diciembre de 1936): "Los que predicen la muerte y desaparición del 'Viejo Gran Partido' pretenden enterrar un cadáver viviente. El Partido Republicano no sólo está todavía apoyado por un 40% del electorado... tiene una genuina razón política de existir: por tradición y por capacidad es el más directo y más digno de confianza representante político de la clase dominante en nuestra sociedad. Como un actor maduro, desalojado por su antiguo sobresaliente, el 'Viejo Gran Partido' espera entre bambalinas, confiado en que el héroe que ahora actúa frente a las candilejas se dará un sopapo, y podrá él substituirlo, como antaño. Una nueva crisis, pondrá de nuevo a los republicanos en posición de llevar a cabo una verdadera puja por el poder".

Y así ha sucedido. Gracias a la bancarrota del New Deal, el Partido Republicano, derrotado en 1936, se ha visto tan reforzado por la reacción que su candidato quizás gane la presidencia. Los republicanos probablemente ganarán suficientes curules para controlar el congreso. El candidato republicano más viable es Thomas E. Dewey, joven fiscal advenedizo, que ha adquirido una reputación política persiguiendo raqueteros en el Estado clave de New York. Dewey es un fonógrafo de la opinión conservadora y un "carrerista" sin conciencia, totalmente enajenado a los amos plutócratas que están detrás de él. Sin embargo, es un fuerte pretendiente a la presidencia y parece que tiene una excelente ocasión de ser electo, especialmente si hay desbandada en las filas demócratas.

¿Un Tercer Período Para Roosevelt?

La ruda lucha dentro del Partido Demócrata y la perspectiva de una victoria republicana, suscitan agitación en pro de un tercer período para Roosevelt, desafiando así la tradición política norteamericana. De acuerdo con sus paladines, sólo Roosevelt es capaz de mantener juntos los diversos elementos de la coalición demócrata y de asegurar la victoria para los demócratas, aún en contra de la oposición de Dewey, el más fuerte de los candidatos republicanos. Esos argumentos han sido persuasivos para los caciques (bosses) políticos en los principales estados, quienes están interesados sobre to-

do en los gajes del oficio. Entre los sostenedores del movimiento en pro de un tercer período, encontramos caudillos tan corrompidos como el cacique Hague de New Jersey, Kelley, de Chicago y Tammany Hall, de New York.

Para el consumo popular, se proclama que sólo Roosevelt tiene suficiente experiencia y merece suficiente confianza de que sabrá llevar a la Nación a través de la presente crisis mundial.

La principal fuente de fuerza en pro del tercer período, sin embargo, la constituyen los traficantes de guerra. Roosevelt es el candidato preferido de todos los que quieren que se vaya a la guerra pronto, enteramente y sin debates prolongados. La actual indecisión de la clase dominante norteamericana, respecto de la fecha y métodos de entrada a la guerra, se expresa en la lucha que ahora se desarrolla entre las tendencias "aislacionistas" e "intervencionistas". Esta cuestión ha escindido las líneas de los partidos y lleva hacia un nuevo agrupamiento de fuerzas. En sus discursos previos a la convención, Dewey ha solicitado el apoyo del primer grupo. Roosevelt está atrayendo a su alrededor al segundo.

El carácter del medio político que rodea a Roosevelt cristaliza en la persona de James Cromwell, esposo de Doris Duke, heredera del rey del tabaco, famosa como "la muchacha más rica del mundo". Después de haber escrito una obra titulada: "En Defensa del Capitalismo", y de contribuir con cincuenta mil dólares a la campaña demócrata de 1936, Cromwell fué designado por Roosevelt ministro norteamericano en el Canadá. Inmediatamente después de su llegada al beligerante Canadá, Cromwell atrevidamente declaró la simpatía de los Estados Unidos por las potencias aliadas y su intención de apoyarlas hasta el límite.

Cromwell ha sido escogido —como acaba precisamente de anunciarlo el cacique Hague— para presentarse como candidato a senador por New Jersey. Su compañero de campaña para gobernador, en la planilla demócrata de Hague, será Charles Edison, ministro de marina en el Gabinete de Roosevelt. He aquí un retrato perfecto de las fuerzas contenidas en el Partido Demócrata de guerra. Roosevelt, Hague, Crom-

well, Edison: el Presidente, el cacique provincial, el super-rico, la cabeza de la marina.

Finalmente, no debe ignorarse el motivo personal. Roosevelt gustaría de un nuevo período para rehabilitar su reputación, dañada por el desastre del New Deal. Quiere proseguir el War Deal hasta su extremo. Vano, vigoroso, se imagina a sí mismo —igual que Hitler— el hombre del destino, enviado para ser el salvador del capitalismo norteamericano en su hora de angustia. Como Woodrow Wilson, sueña con decidir el destino de la humanidad por medio de la fuerza armada de los Estados Unidos. Espera que dictar los convenios de paz servirá para inscribir su nombre en las páginas de la historia con tinta indeleble. Por lo menos, renuente a abdicar el poder, desea elegir a su sucesor y mantener su intervención sobre el curso de los acontecimientos.

Los Políticos Proponen; la Guerra Dispone.

Que Roosevelt se presente o no para un tercer período; que el Partido Demócrata sufra una escisión o continúe intacto; que el Partido Demócrata o el Partido Republicano gobiernen durante los próximos cuatro años, son cuestiones políticas de importancia secundaria. Factores mucho más grandes que los presidentes o los partidos gobiernan la marcha de los acontecimientos en nuestros días y determinan la naturaleza de la política nacional. Los gobernantes de Norteamérica están destinados, por necesidades económicas y perspectivas políticas, a participar, tarde o temprano, en el combate inter-imperialista. Con Roosevelt o sin él, el War Deal se desarrollará hasta su final inevitable.

El único poder capaz de parar la carrera del imperialismo norteamericano hacia la guerra es la fuerza de la clase obrera organizada. En esta situación, las decisiones políticas del C. I. O. y de otros dirigentes obreros asumen una significación histórica mundial. La amenaza de Lewis de romper con los demócratas y de lanzar un tercer partido, no puede ser tomada demasiado en serio, en consideración a su pasado de compromisos en esta materia, su aspecto político social-patriota y conservador, la proximidad de la guerra, la presión del Gobierno y las dificultades técnicas que eso supone.

Al mismo tiempo, los obreros avanzados de los sindicatos industriales están ejerciendo una contra-presión sobre Lewis, para orientar la ruta hacia una acción política independiente. El programa transitorio del Socialist Workers Party, basado en el programa de la Cuarta Internacional, incluye una demanda por un Partido del Trabajo. La formación de un genuino Partido del Trabajo en escala nacional, cualquiera que sea su fortuna inmediata, sería un gran adelanto para los proletarios de los Estados Unidos, como lo fué la organización del C. I. O. En este sentido, los cuarta-internacionalistas, en los sindicatos, realizan una labor de agitación en pro de un Partido del Trabajo para la campaña preparatoria de la convención.

New York, 22 de abril de 1940.

George Novack.

CeDIL

En el Décimo Aniversario de la Muerte de José Carlos Mariátegui

Por Enrique Espinoza

I

Hasta la fundación de "Amauta", revista hispanoamericana de orientación social, que sirvió principalmente para revelarnos a su propio director, José Carlos Mariátegui, nuestro idioma carecía de un verdadero teórico revolucionario.

Cierto que, al promediar el siglo pasado, había salido del mismo Perú: Flora Tristán; de Cuba: Pablo Lafargue; y más tarde de Venezuela: Daniel de León. Pero ninguno de los nombrados, y hoy renombrados, llegó, por razones fáciles de explicar, a escribir en español.

A principios de este siglo, el argentino Juan B. Justo, antes de componer "Teoría y Práctica de la Historia", tradujo al castellano el primer tomo de *El Capital*, no obstante disentir fundamentalmente del marxismo. Bernsteiniano hasta la médula, el doctor Justo determina la corriente pequeño-burguesa del Partido socialista, que fundaron con él en Buenos Aires algunos emigrantes alemanes bajo la directa inspiración de Engels, en 1895. Dicha corriente —bastante estática, después de todo— sólo brinda en ambas orillas del Plata una larga serie de oradores más o menos inflamados, siu superar ni siquiera el romántico "Dogma Socialista" de Esteban Echeverría.

En España, tan cara al espíritu de Marx, no se da tampoco, desde Pablo Iglesias hasta Julián Besteiro, un teórico revolucionario. Así es que José Carlos Mariátegui viene a ser en verdad el primero que merece el título de escritor marxista en castellano. Y tal vez el único.

A la entrega inicial de "Amauta" precedieron estas palabras suyas, definitivas: "Habrá que ser muy poco perspicaz para no darse cuenta que al Perú le nace en este momento una revista histórica".

Todos, hasta algunos de sus adversarios ideológicos más conspicuos, se dieron cuenta en el acto de la conciencia que entrañaba tan justiciera apreciación. Porque "Amauta", como insinuamos de entrada, era en primer lugar el mismo Mariátegui. Quien tocaba la revista, podía decir, parafraseando a Whitman, que tocaba a un hombre.

Hay revistas que valen por la calidad de sus colaboradores o la inteligente disposición de sus materiales, y revistas cuyo más alto mérito está en el trabajo asiduo de su director. No tenemos por qué repetir que "Amauta" era de estas últimas, puesto que ya aseguramos que valía sobre todo por el aporte personal de Mariátegui. El Amauta Mariátegui, dijo alguien desde un principio, confundiendo al órgano con su organizador. Y así el nombre incaico al que la revista no daba mayor importancia en su acepción original, vino a ser también un título para su piloto.

En "Amauta" aparecieron mes a mes, durante varios años, las mejores páginas de José Carlos Mariátegui. Gran parte de sus "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana"; toda su "Defensa del Marxismo" y numerosos artículos sobre arte y literatura, además de varias notas anónimas, no menos valiosas.

Tal vez valga la pena recordar en primer término una de ellas y su historia: La revista había sufrido un serio tropiezo con la policía de Lima y el director de "Amauta" explicaba a sus lectores el retraso en la aparición. Este era el motivo de la nota; un motivo cada vez más frecuente en el mundo actual y sobre el que se han escrito sin duda millares de artículos inocuos. Pero Mariátegui, que ponía su talento de escritor en cada línea salida de su pluma, añade de paso las si-

guientes palabras, que importa mucho recoger en su integridad para ubicarlo entre nuestros contemporáneos:

"La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y en todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están ya, definitivamente, asignados. El destino de estos países dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos estos son tópicos irremisiblemente desacreditados. El mito de Rodó no obra ya —no ha obrado nunca— útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulaciones de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente con la realidad".

Hacer las cuentas franca y lealmente con la realidad, en vez de escamotear sus resultados tras los abalorios de la retórica escolar, he ahí lo que intentó Mariátegui, desde "La Escena Contemporánea" hasta su "Invitación a la Vida Heroica", pasando por las páginas de "Amauta", que habían de constituir su libro, "El Alma Matinal y Otras Estaciones del Hombre de Hoy".

La literatura no era para José Carlos Mariátegui una categoría independiente de la historia y de la política, sino una representación perdurable de éstas, que, al fin y al cabo, determinan en forma práctica el sentido social de la vida humana. Por eso no tuvo empacho en llenar buena parte de "Amauta" con toda clase de experiencias artísticas, tan discutibles por lo general, como los mensajes "idealistas" de Vasconcelos, Palacios y Haya de la Torre a las juventudes...

(Sólo con este último, quizá por ser de su misma tierra, tuvo el director de "Amauta" ocasión de romper lanzas en una polémica resonante, de la que se recuerda todavía una frase cáustica contra la jefatura del APRA: "esa vedette prosopopéyica").

Pero se equivocan de medio a medio quienes, fundándose

en las concomitancias literarias de "Amauta", hacen ahora de Mariátegui una especie de precursor (del frente-populismo entre nosotros. Sus libros y ensayos no permiten tal suposición. Por otra parte, una carta particular que hicimos pública en *Babel*, antes de su muerte, contiene el siguiente párrafo, que tampoco deja lugar a dudas:

"Soy revolucionario. Pero creo que entre hombres de pensamiento neto y posición definida es fácil entenderse y apreciarse aun combatiéndose. Sobre todo, combatiéndose. Con el sector político con el que no me entenderé nunca es el otro: el del reformismo mediocre, el del socialismo domesticado, el de la democracia farisea".

Imposible, pues, invocar ahora, de buena fe, a un Mariátegui circunstancial, fingido según el cartabón de la ortodoxia imperante, para que sirva de modelo a los jóvenes amaestrados en la obediencia católica del *credo quia absurdum*.

A deshacer este vergonzoso equívoco, en la medida de nuestras fuerzas, tienden las presentes notas de homenaje al gran líder e inolvidable amigo que murió cuando más falta hacía el ejemplo diario de su vida y de su obra.

* * *

José Carlos Mariátegui era un hombre y un escritor sin dobleces. De humilde "alcanzarrejones" en la imprenta de un diario de Lima, llega a convertirse en su redactor principal. Pero poeta decadentista y estrafalario por obra del ambiente y de la época, no está seguro de haberse elevado de acuerdo con su propia índole. La vida bohemia no lo hace feliz. Se cree inútil, a pesar del talento que todos le reconocen. La revolución rusa lo arranca al fin de su sopor, como a muchos otros pequeños poetas en el mundo, haciendo de él a la distancia un gran líder, de su país primero, y de su continente después.

Sobre sus mejores años de preparación y vagabundaje en Europa —Italia, Francia, Alemania— tenemos el testimonio de sus propias crónicas, reunidas a su regreso en "La Escena Contemporánea". De su febril actividad espiritual durante el último lustro de su existencia en Lima, nos quedan los insuperables "Siete Ensayos", "Amauta", que contiene la

versión íntegra de su "Defensa del Marxismo", y los dos o tres libros dispersos, "Ideología y Política en el Perú", "El Alma Matinal", "Invitación a la Vida Heroica", que el autor se proponía publicar en España, Chile y la Argentina.

"Muchos proyectos de libro —escribió un día— visitan mi vigilia; pero sé por anticipado que sólo realizaré los que un imperioso mandato vital me ordene". Y así fué. Porque, además, tanto como escribir le interesaba a Mariátegui poner en acción su pensamiento. En consecuencia, no obstante la enfermedad que lo tenía casi inmóvil en su sillón de ruedas y el rigor de un gobierno policíaco que no le ahorraba molestias, el director de "Amauta" vivía entregado por entero a la lucha política. Rodeado siempre al par que de intelectuales, de obreros y estudiantes, demostró ser un organizador formidable, a causa de su gran autoridad moral precisamente.

El día de su entierro, el propio gobierno que lo había hostilizado y que apenas pudo sobrevivirle algunos meses, tuvo ocasión de ver el profundo cariño de que Mariátegui gozaba entre el pueblo trabajador de Lima, que acompañó su cadáver al cementerio cubriéndolo durante el trayecto de flores y de banderas rojas.

* * *

Marx inició ese tipo de hombre de acción y de pensamiento —dice Mariátegui en su "Defensa del Marxismo", refiriéndose a los líderes más inteligentes de la Revolución Rusa: Lenin, Trotsky, Bujarin, Lunacharsky, para detenerse en la obra de los dos primeros, sin nombrar siquiera el icono en esta página, que concluye con un elogio verdaderamente magistral de Rosa Luxemburgo.

Releyéndolo, no hemos podido menos que aplicar sus propios conceptos al mismo Mariátegui, que inaugura entre nosotros, como ya dijimos, un tipo semejante de teórico y hombre de acción.

A diez años de su muerte, no ha surgido, desgraciadamente, ningún otro en esta parte de América, tan pródiga en "amigos de la URSS" y en "ventrílocuos" de las consignas más dispares de su amo todopoderoso.

Con José Carlos Mariátegui se dijera que ha desapare-

cido el primero y el último de los jefes comunistas criollos, capaces de imponer respeto, no sólo a sus seguidores sentimentales, sino también a sus adversarios ideológicos.

Pensando tal vez en éstos y aquéllos, el autor de la "Defensa del Marxismo" nos confiaba en otra carta su esperanza de que dicho libro contribuyera a darlo a conocer ampliamente en Buenos Aires, pues lo estimaba, y con razón, "exento de todo pedantismo doctrinal y de toda preocupación de ortodoxia".

Ya en uno de los primeros números de "Amauta", había dado buena prueba de su extraordinaria libertad de espíritu, traduciendo íntegramente un artículo polémico de León Trotsky sobre el "compasivo" Lenin de Máximo Gorki, artículo que no figura en la recopilación española de Trotsky acerca del gran caudillo muerto.

Con tales antecedentes, es más que dudoso, pues, que Mariátegui aceptara "el gran viraje" de 1935, la táctica del caballo de Troya, las repetidas ejecuciones de Moscú y ese hipócrita lenguaje patriotero del que la misma burguesía argentina se viene riendo desde hace muchos años. **Patriotismo y caldo gordo.**

Lo más probable es que Mariátegui no cayera en ninguna comparsa populista de este carnaval sangriento a que hemos asistido, horrorizados, en el último lustro de la política mundial.

El autor de la "Defensa del Marxismo" era, como su maestro, un hombre íntegro, con una visión totalizadora de la vida social e individual, que no admitía la dualidad corriente entre cuerpo y espíritu, teoría y práctica, democracia y socialismo, guerra y revolución.

Por tanto, es difícil imaginarlo en el triste papel de idealizar, no importa bajo qué pretexto, la estéril Liga de las Naciones... O entregado, hasta nueva orden, a la exaltación de Roosevelt, el bueno... O haciendo migas con la "democracia farisea" de Mr. Chamberlain, el "reformismo mediocre" de M. Daladier y el "socialismo domesticado" de M. Blum.

Mariátegui conocía demasiado bien la mentalidad profesoral de Blum y la absoluta falta de escrúpulos de Daladier. No hay, pues, por qué suponer que se habría engañado con

la incapacidad del primero para ponerse a la altura de las circunstancias en el caso de España y con la desfachatez del segundo en el caso de Checoslovaquia. Sólo los intelectuales ingenuos y sin experiencia de lucha pudieron entusiasmarse con el puño levantado de M. Daladier sobre las muchedumbres. Un hombre de la calidad de Mariátegui no habría dejado seguramente de prever sobre quién lo descargaría al fin.

En cuanto a los burócratas irresponsables de la Tercera Internacional, el director de "Amauta" había tenido ocasión de afrontarlos indirectamente en el Primer Congreso Sudamericano de Montevideo, con unas tesis agrarias que le fueron rechazadas por "trotskystas"...

Pero ¿a qué las conjeturas acerca de lo que Mariátegui hubiera podido ser, si nos basta con lo que ha sido de modo tan excepcional? Un hombre completo, un guía realmente luminoso, un escritor de veras admirable.

Cuando se publiquen sus obras póstumas, podremos hablar detalladamente de sus ideas sociales, políticas, estéticas y filosóficas; de sus relaciones con Piero Gobetti, Sorel y Croce. Entretanto, es preciso limitarnos a este homenaje personal. /

* * *

Un recuerdo más íntimo todavía, y un antiguo propósito.

Promediaba el año 1935. De vuelta a Valparaíso desde España por Nueva York, donde actuaba aún el **John Reed Club**, bajamos de paso en El Callao, vale decir el puerto de Lima. Naturalmente, fuimos a visitar la tumba de Mariátegui: un humilde nicho, demasiado bajo para ser de águila, en el cementerio general. A un lado, un torero; al otro, un fraile. Todo un símbolo el sepulcro rojo entre tantos **blanqueados** que vimos por las calles...

Sin consultar ningún libro, el sepulturero nos había indicado el cuadro correspondiente, tan pronto como le dijéramos el nombre del director de "Amauta". Estaba sin duda vivo en su memoria. Así —pensamos aquel día— debería estar también presente la obra precursora de Mariátegui en el trabajo de todos los intelectuales americanos. Y una vez

en Buenos Aires, nos hicimos el propósito de fundar un centro de Amigos de José Carlos Mariátegui, a semejanza del John Reed Club de Nueva York.

Pero entonces sobrevino la guerra sin cuartel en España; la defensa de la democracia abstracta contra el fascismo real, en todo el mundo; el aislamiento de aquellos que seguían pensando por su propia cuenta lo mismo que habían pensado hasta la víspera; la adulación sistemática como elemento de propaganda; el recurso de la unidad a cualquier precio; la política suicida de la mano tendida al enemigo... Y, poco a poco, la corrupción de los mejores, que es la peor.

Hoy, cuantos resistimos a sumarnos al coro de tan huero oportunismo, para no decir otra cosa, estamos en el deber de formar en torno de la esclarecida figura de Mariátegui pequeños núcleos de hombres libres y desinteresados, a fin de que se vuelva a oír otra vez su clara voz de Amauta.

¿Qué mejor homenaje que el de sentirnos en Santiago, Buenos Aires, La Habana, México, amigos de José Carlos Mariátegui, no sólo en el décimo aniversario de su muerte, sino siempre, mientras conservemos el ejemplo de su vida y de su obra?

Enrique Espinoza

Ciencia Estilo Burnham

(A propósito del artículo de James Burnham, *Ciencia y Estilo* —Febrero 10., 1940)

Por J. Gerland.

No con alegría en el corazón es como se emprende la discusión de este documento. A la repulsión que es preciso vencer para leerlo, bien pronto sucede el hastío: todas esas cosas ramplonas, tantas veces manoseadas, no mejoran al envejecer. El artículo no contiene nada que no haya sido dicho y redicho por todos los alanceadores del marxismo, profesionales o amateurs. Los más trasnochados argumentos, las comparaciones más gastadas, todos los andrajos que han corrido hasta por las gacetas de provincia, han sido aquí reunidos y presentados como la última conquista de la ciencia por un espíritu liberado de toda superstición. A la verdad, cierto girón todavía no se atreve a mostrarse en toda su mugre, sólo le vemos al pasar un trozo de la cola; muchos argumentos viran en corto y no dan todo lo que nos reservan. A la vulgaridad y a la suficiencia se mezcla una fuerte dosis de hipocresía. En cuanto a la "escrupulosa probidad" (*) del autor, como ya lo veremos al instante, bien vale la de sus predecesores, es decir, se parece mucho a una improbidad sin escrúpulos.

Una de las primeras proposiciones que el documento atribuye a Trotsky es ésta: "Del materialismo dialéctico se sigue que la sociología marxista, en particular, la teoría marxista del Estado, es cierta". (**). La expresión "se sigue que" ha

(*) "I have been scrupulously fair in presenting here your central argument".

(**) "From dialectical materialism it follows that Marxian sociology, in particular the Marxian theory of the state, is true".

sido subrayada por Burnham mismo, quien no quiere dejar sitio a ninguna duda respecto de su pensamiento. Para justificar la atribución al adversario de semejante aserto, verdad es que aparece, en la línea precedente la palabrita "así" (thus). Resulta poco. En cuanto a las "pruebas" (*) anunciadas con grandilocuencia por Burnham, sus "escrúpulos" lo han excusado de exhibirlas.

En verdad, semejante proposición es extraña al espíritu y a la letra del marxismo. ¿Dedujo Marx el *Capital* de ciertos principios lógicos o metafísicos, colocados a la cabeza del primer capítulo? ¿Hizo siquiera preceder el conjunto de su obra de una exposición abstracta de sus "principios" materialistas y dialécticos? ¿Para qué habría entonces perdido su tiempo en despojar millares de publicaciones económicas del mundo entero; en amasar una erudición formidable? De modo igualmente gratuito, Burnham atribuye una segunda afirmación análoga a Trotsky: "De la teoría marxista del Estado, se sigue que Rusia es un Estado obrero" (**). ¿Para qué perdió entonces la oposición de izquierda su tiempo en analizar las condiciones sociales, económicas y políticas de la U. R. S. S. desde 1923? Y sin embargo me parece que ha producido ella un número bastante grande de documentos y de libros sobre esta materia. Si su método hubiera sido el que le imputa Burnham —tan "escrupulosamente"— se habría contentado con enunciar su conclusión en unas cuantas líneas, si preciso bajo la forma de un hermoso silogismo.

Pero hay más. El marxismo ya ha refutado expresamente semejante interpretación de su método. Un Burnham es libre de ver en Engels a un viejo predicador reaccionario (una acusación de ese tamaño se lanza, por lo demás, sin la menor prueba), eso no le impide reconocer en él a un intérprete bastante fiel del pensamiento de Marx. Ahora bien, Engels, al responder a un Burnham de su época y de mejor estilo, Eugen Dühring, tuvo precisamente ocasión de examinar, hace más de 70 años, la acusación que el Dühring de hoy presenta como

(*) "Evidence, argument, proof: there only are my weapons".

(**) "From the Marxian theory of the state, it follows that Russia is a workers' state".

resultado de la ciencia más reciente. Engels cita (*) un largo trozo del profesor alemán que, en la profundidad de la ciencia y en la belleza del estilo, tanto como en la probidad escrupulosa, rivaliza con el documento de Burnham. Dühring acusa a Marx de haber deducido la necesidad de la expropiación de los expropiadores de una ley lógica: la negación de la negación. No le es difícil a Engels refutar ese absurdo, sencillamente citando los pasajes en que Marx examina el problema.

¿Por qué viene Burnham a servirnos el mismo viejo platicillo recalentado? Porque Dühring y él poseen la misma concepción de la lógica y porque ambos, de igual modo, atribuyen esa concepción al marxismo. Su pensamiento no va más allá de una idea enteramente formal de la dialéctica, y esa dialéctica es la que ellos aniquilan. Se les presenta un ser viviente, lo matan y exclaman: "Ya lo habíamos dicho, sólo es un cadáver".

La lógica que ellos imaginan consiste ante todo en ciertos principios exteriores respecto del conocimiento, y anteriores a él. De los principios se sigue el conocimiento. Cuando habla, en su documento, de la función de la lógica, eso es lo que sostiene Burnham. Para él, la lógica se reduce a una forma fuera de la cual no puede salir el pensamiento. Separada del contenido del conocimiento, la lógica sólo puede desempeñar un papel negativo. La forma se convierte en un simple valladar; los principios, son pretils. Burnham nos declara que la lógica es más bien inútil. Estaremos de acuerdo con él por lo que hace a esa lógica, la suya, que no es la nuestra.

La lógica dialéctica no son las riberas entre las cuales corre el río del conocimiento. Penetra ella el conocimiento mismo, en todos sus grados. Sólo puede vivir en esa corriente, sólo por ésta existe. Si se la fuerza a salir de ella, la dialéctica se niega a sí misma, se deseca en algunos principios limitativos, abstractos y estériles. Lejos de dominar el conocimiento desde el exterior, créase y vuelve ella a crearse sin cesar en éste. "La forma de la idea merece que se la reviva mucho más que cualquier otra forma" —ya lo decía Hegel. Los filisteos a menudo reducen el método hegeliano a la mo-

(*) Herrn Eugen Dührings *Umwalzung der Wissenschaft*, primera parte, al principio del capítulo XIII.

nótona aplicación de un esquema ternario: tesis, antítesis, síntesis. Con semejante caricatura, lo que hacen es revelar la concepción que ellos mismos son incapaces de superar. Para Hegel, cada esfera de la realidad da un carácter específicamente determinado a la contradicción y a la síntesis. Bajo una forma a menudo mística, hay en eso un profundo pensamiento materialista. La dialéctica no es reducible a algunas leyes aisladas, y ésa no es una de las menores dificultades para su sistematización.

Lejos de moldearse en una forma impuesta desde el exterior o de encontrar en ella sus límites, el pensamiento posee su modo de desarrollo condicionado por su contenido. La concepción de una lógica exterior y anterior al conocimiento, he ahí precisamente la **escolástica**, en su rasgo más esencial. Burnham no puede desprenderse de esa idea, y en su búsqueda del modernismo más reciente, es a semejante vejistorio empolvado a lo que se ase, cuando pretende reemplazar a Hegel por Russell y la dialéctica por la lógica simbólica. Es lo que vamos a ver.

La lógica simbólica es el nombre genérico de un conjunto de trabajos que se han desarrollado ampliamente desde fines primer tercio del último siglo (*). Los artesanos de ese movimiento son, en la mayor parte, matemáticos y semimatemáticos. Los caracteres esenciales de él son el empleo de símbolos análogos a los del álgebra para representar el contenido del pensamiento, conceptos o relaciones, y la concatenación deductiva de esos símbolos según ciertas reglas formales, para determinar todas las afirmaciones posibles, es decir, no contradictorias. Este cálculo lógico sólo consigue llevar al extremo una tendencia fundamental de las matemáticas, desde su origen: la forma deductiva, según las leyes de la lógica formal y la reducción incesante del número de los axiomas iniciales. Por eso, precisamente porque en ello lo que hay es sólo una exacer-

(*) Aquí indicaremos las conclusiones generales, sin entrar en el detalle del análisis técnico. Pero en nuestros apuntes tenemos decenas y decenas de citas tomadas de los matemáticos y lógicos alemanes, ingleses y franceses desde mediados del siglo último. En cuanto a Burnham, sólo pronuncia algunos epítetos muy elogiosos, pero puramente subjetivos.

bación de una de sus tendencias, las matemáticas correrían un enorme riesgo si se orientaran enteramente por esa ruta: el de perder la vida. Todos los grandes matemáticos, incluso aquéllos que se consagraron a la lógica simbólica, están de acuerdo en este punto, y muchos entre ellos no reconocen, aun en su propio dominio, más que un valor muy restringido a la lógica simbólica. Parece, sin embargo, que ella ha adquirido definitivamente en las matemáticas el derecho de existir y que, por lo que hace a éstas, representa una conquista, sin duda relativa, de la ciencia.

Si se pasa a la lógica, la situación cambia de todo en todo. Aquí, el papel de la lógica simbólica se vuelve francamente retrógrado.

Todos los lógicos de esta escuela parten de tres "leyes fundamentales" del pensamiento (*), "de las que no podemos separarnos como no podemos saltar por encima de nuestra sombra": los principios de identidad, de contradicción y de exclusión del término medio. Los adeptos de la lógica simbólica no se atreven a discutir esos principios, ni siquiera a precisar su contenido. Los adoptan a menudo en silencio, como si fuera una tácita definición de símbolo algebraico. Si hacen ellos notar su ingreso al sistema, sólo es para colgarles el epíteto "obvio", "evidente" (Russell y Whitehead en particular). ¡Cómo esta concepción parece pobre, mezquina y reaccionaria comparada a la de Hegel! Para verlo, basta leer (que Burnham no se asiste, no es a él a quien doy este consejo) las páginas en que Hegel, al comienzo del segundo libro de su gran Lógica, examina los famosos principios, y muestra sus límites y sus contradicciones. En esas diez o quince páginas, hay más ciencia —ciencia real y no vano formalismo— que en los tres panzudos volúmenes de los **Principia Mathematica**.

Admitidas las tres "leyes fundamentales" del pensamiento como regla del juego, sólo queda por determinar, mediante reglas operatorias de forma algebraica, todas las combinaciones no contradictorias que se sigan. El objeto del cálculo lógico po-

(*) Una pequeña corriente heterodoxa sistemáticamente ha desarrollado en estos últimos años el rechazo del principio de exclusión del término medio. Nos reservamos para otro día el examen de esta tendencia que, por lo demás, Burnham no menciona.

dría definirse así en toda su generalidad: establecer todas las afirmaciones compatibles con los tres principios fundamentales del pensamiento. La ciencia se reduce a un vasto formalismo. Después, sólo le queda una tarea secundaria: verificar si todas las combinaciones determinadas como posibles son también reales en la naturaleza. Ahora, si todas las posibles no son reales, jamás lo real puede carecer de un casillero en toda la inmensa textura de lo posible.

En tanto que el pensamiento proporciona a la realidad cuadros contruídos fuera e independientemente de ella, la lógica simbólica se nos presenta como una vasta escolástica. No el acrecentamiento del poder de la razón sino su rebajamiento y su humillación. La combinatoria de Russell, en particular, pretende hacer absolutamente inútil la existencia de un intelecto humano, en todo lo que se refiere a la lógica y a las matemáticas. Antes que él, otro lógico del mismo estilo, Stanley Jevons, había contruído una especie de piano de veintiuna teclas que clasificaba, escogía y desechaba las combinaciones de términos y finalmente indicaba las proposiciones no contradictorias. ¿Precisa decir que esta neoescolástica marcha en sentido inverso al desarrollo del pensamiento humano? La ciencia no mete a la naturaleza dentro de un sistema de casilleros previamente establecidos. El conocimiento es actividad y lucha; no confrontación pasiva, sino discusión apasionada entre la naturaleza y el hombre. Así, en donde el hombre dice unidad y continuidad, la naturaleza responde pluralidad y discontinuidad; en donde aquél afirma pluralidad, ésta replica unidad. El conocimiento sólo avanza por esta dialéctica incesante. El pensamiento, en tanto que penetración, invención y extensión; el pensamiento, en fin, se presenta esencialmente como acción, movimiento y superación de él mismo, y no es en modo alguno reducible al automatismo envilecedor de un sistema de fichas y de palancas.

Los adeptos del álgebra lógica muy frecuentemente se adornan con ínfulas revolucionarias, y lanzan anatemas en contra de la lógica aristotélica. Pero aun aquí, su progreso es muy relativo. La lógica de Aristóteles consistió en clasificar cierto número de formas del pensamiento, del mismo modo como su autor catalogó algunas centenas de aves por medio de la obser-

vación externa. En cuanto a la lógica simbólica, parte ella de algunos principios, y de éstos deduce todas las combinaciones no contradictorias. Pero tal cosa no la lleva mucho más lejos. Así, el matemático alemán Hilbert vuelve a encontrar, después de un largo cálculo, las quince figuras del silogismo, que ya Aristóteles había enumerado. Por su adopción ciega de los tres principios iniciales, la lógica simbólica sigue siendo parte de la lógica formal; la más desarrollada y sistemática, sin duda; pero que llega ¡sólo dos mil trescientos años después de Aristóteles...!

Permítasenos una ilustración. Observemos las proposiciones de la lógica aristotélica como ladrillos de formas regulares y definidas. El silogismo es la construcción más sencilla posible con tres ladrillos: dos yuxtapuestos y un tercero que se apoya sobre ellos. Todo razonamiento perfecto se extiende por medio de la repetición de esta disposición elemental, al igual que el albañil levanta una pared. La lógica de Aristóteles es el catálogo de los diversos mosaicos que se presentan en el espíritu humano. La lógica se asigna otra tarea: deducir por el razonamiento todos los arreglos posibles, a base de una forma dada de ladrillo. En este sentido supera ella la lógica de Aristóteles; pero conserva el ladrillo con sus tres dimensiones, es decir, las tres "leyes fundamentales" del pensamiento. La dialéctica, abandona el ladrillo y sigue el movimiento de una realidad plástica. No parte ella de una forma impuesta a priori, sino de propiedades mucho más fundamentales de la materia, como la resistencia, la elasticidad, la cohesión. De pasada, muestra cómo la forma y las dimensiones mismas de los ladrillos son, en resumidas cuentas, determinadas por esas propiedades esenciales, lo mismo que Hegel mostró que las "tres leyes" de la lógica formal representan determinada etapa en el desarrollo del pensamiento.

La lógica formal es ante todo lógica de la **definición** y de la **clasificación**. Su importancia no es poca en numerosos dominios, particularmente para la ciencia que se inicia. Sus leyes son válidas respecto de entidades **inmutables** y **distintas**. Ahora bien, toda la ciencia moderna dirige el conocimiento humano en otra dirección: el **desarrollo** y el **encadenamiento** (concatenación) de los seres. La dialéctica hegeliana dió a

ese hecho fundamental su expresión lógica. Por eso el nombre de Hegel seguirá siendo grande en los anales de la ciencia, cuando el olvido habrá ya borrado muchos otros. La lógica simbólica sistematiza indudablemente la lógica aristotélica, pero sigue aferrada sobre la misma base: la inmovilidad y la separación absoluta de los seres. Se mantiene de ese modo en considerable atraso respecto de los problemas que la dialéctica ha planteado y respecto de los cuales ha aportado ella una primera resolución. Toda obra progresiva en lógica debe partir de la lógica hegeliana, para purificarla de su misticismo y para desarrollarla. Por causas sociales profundas, esa tarea resulta hondamente repugnante a la ciencia actual. La lógica de Hegel fué hija de la Revolución Francesa. Será el socialismo el que llevará la dialéctica a nuevas cimas.

*
* * *

Hemos examinado el problema de la lógica simbólica por ser el único punto en que el documento de Burnham presenta cierta novedad. Respecto de todas las demás cuestiones, la literatura marxista es bastante rica.

La crítica de la dialéctica que formula Burnham, ciertamente no es novedosa: constituye el primer ejercicio a que habitualmente es preciso entregarse para entrar en la carrera de tráfuga del marxismo (*). Lo que sí es nuevo es lo que Burnham propone para substituir la dialéctica. Los críticos del marxismo, generalmente se han asido a Kant: el

(*) Burnham invoca en contra de los marxistas el hecho de que los stalinistas "también creen" en la dialéctica. Esto sólo es la identificación del stalinismo y el bolchevismo, transpuesta al terreno filosófico. No es aquí menos superficial y reaccionaria que en su forma política. El stalinismo se ha mantenido verbalmente adherido a la dialéctica, lo mismo que a muchas fórmulas del bolchevismo. En realidad, lo que ha hecho es substituirle una sofística mercenaria, propia para justificar todos los crímenes. Cuando Burnham, como buen filisteo, identifica una con la otra, lo que hace es entregarse al mismo trabajo reaccionario de Norman Thomas. El mismo hecho de que la burocracia bonapartista cubra su grosero empirismo con frases extraídas de una doctrina que le es radicalmente opuesta, sería una razón suplementaria para considerar a esa burocracia como una casta y no como una clase que da forma acabada a su cultura.

valor seguro de la bolsa filosófica. Recientemente, algunos se han refugiado en el pragmatismo. Burnham, el más moderno y el más "científico" de todos, descubre la lógica simbólica. La elección no es más feliz, pero sí revela con claridad un hecho bastante conocido: la lógica formal conserva sobre el pensamiento pequeño burgués un imperio que sus vicisitudes no han podido socavar. En tanto que nueva ilustración de este hecho, el documento de Burnham adquiere un valor científico que su autor no había previsto.

J. GERLAND.

Marzo 17 de 1940.

A P E N D I C E

Una Polémica Histórica

En el "Partido Socialista Obrero" de los Estados Unidos acaba de consumarse una escisión: Una minoría predominante pequeño-burguesa ha separado, como, final de una polémica que durante cerca de un año se ventiló en el seno de aquél, alrededor de dos cuestiones: 1) carácter del Estado soviético desde el pacto Hitler-Stalin y actitud que debe tomar el partido revolucionario frente a la URSS; 2) ataques de la minoría en contra de la dirección del partido, tachada por aquélla de "conservatismo burocrático".

Líderes de la minoría han sido: Burnham (profesor universitario), Shachtman (periodista) y Abern (viejo faccionista). Líderes de la mayoría: Cannon y Dubb (ambos obreros).

Desgraciadamente, CLAVE no dispone de fondos suficientes para publicar la interesantísima documentación relacionada con la polémica. Tenemos que limitarnos a dar los trozos principales del artículo de L. Trotsky, que de hecho resume y liquida teóricamente las cuestiones disputadas. De ese artículo hemos eliminado los "precedentes" (cartas de 37, 38 y 39) que L. T. ofrece a Shachtman en respuesta a la pregunta de éste: "¿En dónde se ha manifestado esta tendencia (pequeño-burguesa) en el último año o dos años entre los voceros representantes de la minoría?" Hemos debido eliminar también trozos aclarativos, ilustrativos o críticos que podían desaparecer sin mengua de la claridad y totalidad de la exposición.

Para que el lector se forje una idea completa del desarrollo político de la discusión, he aquí algunos informes:

1. La pugna surgió con motivo del pacto de agosto último y alcanzó su expresión aguda con motivo de la invasión de Finlandia.

2. Durante toda la discusión la dirección del P. S. O. (mayoritaria) mantuvo escrupulosamente la democracia interna más absoluta: se dió igual publicidad a todos los artículos, minoritarios y mayoritarios; se garantizó igualdad de derechos a todos los miembros del partido.

3. La mayoría insistió constantemente en la necesidad de evitar la escisión, cualquiera que fuese el voto del congreso del partido, celebrado ya ahora (abril).

4. La mayoría propuso al congreso una serie de medidas de garantía de la minoría que resultara después del voto de las cuestiones en disputa. Esas medidas daban a la minoría todas las libertades compatibles con el centralismo democrático leninista.

5. La minoría reclamó como derecho suyo el de publicar su propio órgano público y desarrollar sus propios puntos de vista. Esto era, de toda evidencia, contrario a la unidad del partido.

6. La minoría se colocó en esta posición ilógica: mientras atacaba de "burocratismo" a la dirección y pretendía defender la democracia interior en contra de "Cannon y su pandilla", sostenía —en contra de la mayoría democráticamente formada— su "derecho" de actuar públicamente en contra de la línea de la Cuarta Internacional, dentro de las filas de la misma. Esta es la manera como entienden la democracia los liberales pequeño-burgueses: hacer lo que se me dé la gana; libertad del hombre, etc. Y no tiene nada que ver con la democracia bolchevique.

7. La minoría, vencida en el congreso del partido, se ha apoderado de lo que fué órgano teórico del P. S. O.: *New International*, y se ha echado a publicarlo bajo la bandera minoritaria: el "tercer campo": ni Hitler-Stalin, ni Chamberlain-Roosevelt; por un tercer bando, el del proletariado, etc., etc. El habitual confusionismo pequeño-burgués.

Debemos esperar que esta sangría dará al P. S. O. mayor solidez y cohesión para lanzarse a las grandes tareas que le reserva el porvenir inmediato del desarrollo político y social norteamericano.

C.

De un Rasguño, al Peligro de Gangrena

Por León Trotsky

EL SIGNIFICADO DE LA ACTUAL DISCUSION

La discusión se desarrolla de acuerdo con su lógica interna. Cada bando, de conformidad con su carácter social y su fisonomía política, trata de atacar en los puntos en que su oponente es más débil y más vulnerable. Precisamente eso es lo que determina el curso de la discusión y no planes establecidos a priori por los líderes de la oposición.

“¿Desde cuándo os habéis vuelto especialistas en filosofía?” —preguntan ahora irónicamente los opositores a los representantes de la mayoría. La ironía aquí está completamente fuera de sitio. El socialismo científico es la expresión consciente del inconsciente proceso histórico, es decir, de la tendencia elemental e instintiva del proletariado hacia la reconstrucción de la sociedad sobre los principios comunistas. Estas tendencias orgánicas de la psicología de los trabajadores saltan a la vida con suma rapidez ahora, en esta época de crisis y de guerras. La discusión ha revelado, incuestionablemente, un conflicto en el partido, entre una tendencia pe-

queño burguesa y una tendencia proletaria. La primera, revela su confusión en su tentativa de reducir el programa del partido a la calderilla de las cuestiones “concretas”. La segunda, por el contrario, pugna por correlacionar todas las cuestiones parciales dentro de la unidad teórica. Lo que está comprometido actualmente no es la medida en que los miembros de la mayoría, individualmente considerados, aplican de modo consciente el método dialéctico. Lo importante es el hecho de que la mayoría como conjunto se orienta hacia el planteamiento proletario de los problemas y precisamente por eso tiende a asimilar la dialéctica, que es el “álgebra de la revolución”. Los opositores —según se me informa— reciben con estallidos de risa la simple palabra “dialéctica”. En vano. Este método sin valor no sirve para nada. La dialéctica del proceso histórico, más de una vez ha castigado cruelmente a quienes trataron de mofarse de ella.

El último artículo del camarada

Shachtman, “Carta Abierta a León Trotsky”, es un síntoma alarmante. Revela que Shachtman se rehúsa a las enseñanzas de la discusión y por el contrario persiste en ahondar sus errores, explotando para ello no solamente el inadecuado nivel teórico del partido, sino también los prejuicios específicos de su ala pequeño burguesa. El Bloque Filosófico en Contra del

Marxismo.

Los círculos de la oposición consideran posible afirmar que la cuestión del materialismo dialéctico fué introducida por mí sólo porque me hizo falta una respuesta a preguntas “concretas” sobre Finlandia, Latvia, la India, Afganistán, Beluchistán y demás. Este argumento, ayuno de todo mérito en sí mismo, es interesante, sin embargo, en tanto que caracteriza el nivel de ciertos individuos de la oposición; su actitud frente a la teoría y frente a la lealtad ideológica más elemental. No sería inoportuno, por lo tanto, referirnos al hecho de que mi primera conversación seria con los camaradas Shachtman y Novack, en el tren, inmediatamente después de mi llegada a México, en enero de 1937, estuvo consagrada a la necesidad de propagar persistentemente el materialismo dialéctico. Después de que nuestra sección norteamericana se separó del Partido Socialista, insistí más energicamente en la pronta publicación posible de un órgano teórico, para lo cual tenía de nuevo en la mente la necesidad de educar al partido, primero y principalmente a sus nuevos miembros, en el espíritu del materialismo dialéctico. En los Estados Unidos —escribí yo entonces— en donde la burguesía

sistemáticamente instila el empirismo vulgar en los trabajadores, es más necesario que en cualquier otra parte, apresurar la elevación del movimiento hasta un nivel teórico adecuado. El 20 de enero de 1939, escribí al camarada Shachtman en relación con su artículo (escrito en colaboración con el camarada Burnham) “Intelectuales Retirados”:

“El pasaje sobre la dialéctica es el mayor golpe que usted, personalmente, como editor de *New International*, podía haber dado a la teoría marxista... ¡Bien! Ya hablaremos de esto públicamente.”

Así, hace un año, di abiertamente la noticia, adelantándome a Shachtman, de que tenía yo el propósito de emprender una lucha pública en contra de sus tendencias eclécticas. En aquel momento, no se habló nada de la oposición que se acercaba; en cualquier caso, muy lejos de mi mente estaba el suponer que el bloque filosófico en contra del marxismo preparaba el terreno para un bloque político en contra del programa de la Cuarta Internacional.

En su “Carta Abierta”, Shachtman se refiere particularmente al hecho de que el camarada Vincent Dunne expresó satisfacción respecto del artículo sobre los intelectuales. Es que yo también lo alabé: “Muchos pasajes son excelentes”. Sin embargo, como dice el proverbio ruso, una cucharada de alquitrán puede echar a perder un barril de miel. Se trata precisamente de esa cucharada de alquitrán. El pasaje consagrado al materialismo dialéctico expresa un número de concepciones monstruosas desde el punto de vista marxista, cuya finalidad, como ahora se aclara, fué

la de preparar el terreno al bloque político. Ante la obstinación con la cual Shachtman persiste en que yo me he cogido del artículo como de un pretexto, permítaseme una vez más citar el pasaje principal del trozo que nos interesa:

"...así como nadie todavía ha demostrado que el acuerdo o el desacuerdo respecto de las doctrinas más abstractas del materialismo dialéctico necesariamente afecte (!) las resoluciones políticas concretas de hoy o de mañana; y los partidos políticos, los programas y luchas están basados en esas resoluciones concretas." (New International, enero de 1939, pág. 7). ¿No es esto solo suficiente? Lo que sobre todo es asombroso en esa fórmula, indigna de revolucionarios, es: "los partidos políticos, los programas y luchas... están basados en esas resoluciones concretas". ¿Qué partidos? ¿Qué programas? ¿Qué luchas? Todos los partidos y todos los programas se encuentran aquí amontonados juntos. El partido del proletariado es un partido que no se parece a los demás. No está basado, en modo alguno sobre "esas resoluciones concretas". En su fundamento profundo, es diametralmente opuesto a los partidos de los mercaderes burgueses y de los ropavejeros pequeño burgueses. Su tarea es la preparación de una revolución social y la regeneración de la humanidad sobre nuevas bases materiales y morales. Con el objeto de no abandonar la ruta, bajo la presión pública burguesa y la represión policiaca, el revolucionario proletario, con mayor razón un líder, necesita una concepción del mundo clara, profunda, completamente puntualizada. Solamente sobre la base de una con-

cepción marxista unificada, es posible abordar correctamente las cuestiones "concretas".

Aquí comienza precisamente la traición de Shachtman. No un mero error, como quise creer el año pasado, sino, como resulta ahora claro, una franca traición teórica. Siguiendo los pasos de Burnham, Shachtman enseña al joven partido revolucionario que "nadie todavía ha demostrado" —es de presumirse— que el materialismo dialéctico afecte la actividad política del partido. "Nadie todavía ha demostrado", en otras palabras, que el marxismo sea de alguna utilidad en la lucha del proletariado. Consecuentemente, el partido no tiene el menor motivo para apropiarse y defender el materialismo dialéctico. Esto es nada menos que renunciar al marxismo, al método científico en general; una lamentable capitulación ante el empirismo. Precisamente eso constituye el bloque filosófico de Shachtman con Burnham, y a través de éste, con los sacerdotes de la "ciencia" burguesa. Precisamente a eso y sólo a eso es a lo que me referí en mi carta del 20 de enero del año pasado.

El 5 de marzo, respondió Shachtman: "He releído el artículo de enero de Burnham y Shachtman a que usted se refiere, y mientras a propósito de él me ha escrito usted que yo debería haber propuesto un contenido diferente aquí (!) y allá (!), si es que el artículo había de ser vuelto a redactar, yo no estoy de acuerdo en lo substancial de su crítica".

Esa réplica, como acontece siempre con Shachtman en una situación seria, en realidad no expresa nada de lo que se discute; al mismo tiempo, dá la impresión de que

Shachtman ha dejado una puerta abierta para la retirada. Ahora, cogido por el frenesí de facción, promete "hacer esto de nuevo y repetidamente mañana". ¿Hacer qué? ¿Capitular ante la "ciencia" burguesa? ¿Renunciar al marxismo?

Shachtman me explica extensamente (ya veremos con qué fundamentos) la utilidad de éste y de aquel bloque político. Yo hablé acerca de la naturaleza mortífera de la traición política. Un bloque puede o no justificarse, según su contenido y las circunstancias. Ningún bloque puede justificar la traición teórica. Shachtman se refiere al hecho de que el artículo tiene un carácter puramente político. No hablo yo del artículo, sino del pasaje que renuncia al marxismo. Si un texto de física contuviera aunque fueran sólo dos líneas sobre Dios como causa primera, estaría en mi derecho al concluir que el autor es un obscurantista.

Shachtman no responde a la acusación, sino que trata de distraer la atención, volviéndose hacia materias sin importancia. "¿En qué difiere —pregunta él— lo que usted llama mi 'bloque con Burnham en la esfera filosófica' del bloque de Lenin con Bogdanov? ¿Por qué éste sí tenía principios y no el nuestro? Me interesaría mucho la respuesta a esta pregunta". Me ocuparé desde luego de la diferencia política, o mejor dicho, de la diametral oposición política entre ambos bloques. Aquí nos interesa la cuestión del método marxista. ¿En dónde está la diferencia que usted busca? En que Lenin nunca proclamó en beneficio de Bogdanov que el materialismo dialéctico fuese superfluo para resolver

"cuestiones políticas concretas". En que Lenin nunca confundió teóricamente el Partido Bolchevique con los partidos en general. El era orgánicamente incapaz de proferir semejantes abominaciones. Y no sólo él, sino cualquiera de los bolcheviques serios. Esa es la diferencia. ¿Comprende usted? Sarcásticamente, me promete Shachtman que a él le "interesaría" una respuesta clara. Confío en que se la he dado. No reclamo el "interés".

Lo Abstracto y lo Concreto; Economía y Política.

El pasaje más lamentable del lamentable escrito de Shachtman lo es el capítulo "El Estado y el Carácter de la Guerra". "¿Cuál es, pues, nuestra posición?" —pregunta el autor—. "Simplemente ésta: Es imposible deducir directamente nuestra política, respecto de una guerra específica, de una caracterización abstracta de la índole de clase del Estado envuelto en la guerra; más particularmente, de las formas de propiedad prevalecientes en ese Estado. Nuestra política debe desprenderse de un examen concreto del carácter de la guerra, en relación con los intereses de la revolución socialista internacional". (Op. Cit. Pág. 13.—Subrayado por mí.—L. T.). ¡Qué confusión! ¡Qué embrollo sofisticado! Si es imposible deducir nuestra política directamente del carácter de clase de un Estado, entonces, ¿por qué no podría conseguirse eso no directamente? ¿Por qué el análisis del carácter del Estado ha de ser abstracto, mientras que el análisis del carácter de la guerra es concreto? Formalmente hablando, se puede decir con el mismo

derecho —en realidad, con mucho mayor que nuestra política en relación con la U.R.S.S., puede deducirse, no de una caracterización abstracta de la guerra como “imperialista”, sino sólo de un análisis concreto del carácter del Estado en la situación histórica dada. El sofisma fundamental sobre el que Shachtman construye todo lo demás es bastante simple: Puesto que las bases económicas no determinan inmediatamente los acontecimientos de la superestructura; puesto que la sola caracterización de clase del Estado no es suficiente para resolver sobre las tareas prácticas, por consiguiente... podemos salir adelante sin examinar la economía ni la naturaleza de clase del Estado, remplazándola, como frasea Shachtman en su jerga periodística, con las “realidades de los acontecimientos vivientes”. (Op. Cit. Pág. 14.)

El mismo artificio hecho circular por Shachtman para justificar su bloque filosófico con Burhman (el materialismo dialéctico no determina inmediatamente nuestra política, por consiguiente... no afecta en general las “tareas políticas concretas”) se repite aquí palabra por palabra en relación con la filosofía marxista; puesto que las formas de la propiedad no determinan la política del Estado, inmediatamente, es posible, por eso mismo, arrojar por la borda la sociología marxista en general al determinar las “tareas políticas concretas”.

Pero, ¿por qué parar aquí? Puesto que la ley del valor no determina los precios “directamente” ni “inmediatamente”; puesto que las leyes de la selección natural no determinan “directamente”

ni “inmediatamente” el nacimiento de un cerdo glotón; puesto que las leyes de la gravedad no determinan “directamente” ni “inmediatamente” el rodar de un policía ebrio por una escalera, por lo tanto, ... por lo tanto, dejemos a Marx, a Darwin, a Newton y a todos los demás enamorados de las “abstracciones” coleccionar polvo en sus anaqueles. Esto es nada menos que el entierro solemne de la ciencia, ya que, después de todo, el curso entero del desarrollo de la ciencia procede de las causas “directas” e “inmediatas” hasta las más remotas y profundas; de las múltiples variedades y acontecimientos kaleidoscópicos a la unidad de las fuerzas directoras.

La ley del valor no determina los precios “inmediatamente”, pero sin embargo los determina. Fenómenos tan “concretos”, como la quiebra o el New Deal encuentran su explicación, en último análisis, en la “abstracta” ley del valor. Roosevelt no sabrá esto, pero un marxista tendrá cuidado en no proceder sin conocerlo. No inmediatamente, sino a través de una serie completa de factores intermedios y de su interacción recíproca, es como las formas de propiedad determinan no sólo la política, sino también la moral. Un político proletario que trate de ignorar la naturaleza de clase del Estado terminará invariablemente como el policía que ignora las leyes de la gravitación; esto es, rompiéndose la nariz.

Es obvio que Shachtman no toma en cuenta la distinción entre lo abstracto y lo concreto. Al luchar en contra de la concreción, nuestra mente opera con abstracciones. Aun “este”, “dado”, “concreto”

perro es una abstracción por que vive en el cambio; por ejemplo, cuando deja caer la cola en el “momento” en que señalamos hacia él. La concreción es un concepto relativo y no absoluto: lo que es concreto en un caso se vuelve abstracto en otro; esto es, insuficientemente definido para un fin determinado. Con el objeto de obtener un concepto suficientemente “concreto” para una necesidad dada es preciso correlacionar varias abstracciones en una, exactamente igual a como cuando reproducimos un segmento de vida en una pantalla —una película en movimiento— tenemos que combinar cierto número de fotografías fijas.

Lo concreto es una combinación de abstracciones, no una combinación arbitraria o subjetiva, sino una que corresponde a las leyes del movimiento de determinado fenómeno.

“Los intereses de la revolución socialista internacional”, a los que Shachtman apela, en contra de la naturaleza de clase del Estado, representan en el caso dado, la más vaga de todas las abstracciones. Después de todo, la cuestión que nos ocupa es precisamente ésta: ¿en qué forma concreta podemos servir los intereses de la revolución? No será inoportuno recordar también que la tarea de la revolución socialista estriba en crear un Estado obrero. Antes de hablar de la revolución socialista, consecuentemente, es necesario aprender a distinguir entre “abstracciones”, tales como burguesía y proletariado, Estado capitalista y Estado obrero.

Shachtman, sin embargo, derrocha su tiempo y el de los demás en probar que la propiedad nacionalizada no determina “en sí y por sí misma”, “automáticamente”, “directamente”, “inmediatamente”, la política del Kremlin. Respecto de la cuestión de cómo la “base” económica determina la “superestructura” política, jurídica, filosófica, artística y demás, existe una rica literatura marxista. La opinión de que la economía pueda determinar directa e inmediatamente la capacidad creadora de un compositor o siquiera el veredicto de un juez, representa una añeja caricatura del marxismo que el profesorado burgués de todos los países ha hecho circular interminablemente para ocultar su impotencia intelectual (*).

En cuanto a la cuestión que nos concierne inmediatamente, la interrelación entre los fundamentos sociales del Estado soviético y la política del Kremlin, permítaseme recordar al olvidadizo Shachtman que por diez y siete años hemos venido señalando públicamente las contradicciones crecientes entre los fundamentos establecidos por la revolución de octubre y las tendencias de la “superestructura” estatal. Paso a paso, hemos seguido la creciente independencia de la burocracia respecto del proletariado soviético y el crecimiento de su dependencia respecto de otras clases y grupos, tanto de dentro como de fuera del país. ¿Qué pretende añadir exactamente Schatman en este dominio al análisis que ya hemos practicado?

Sin embargo, a pesar de que

(*) Recomiendo a los jóvenes camaradas que sobre esta cuestión estudien los trabajos de Engels (Anti-Düring), Plejanov y Antonio Labriola.

lo económico no determina ni directa ni inmediatamente lo político, sino sólo en último análisis, a pesar de todo, lo económico determina lo político. Los marxistas afirman precisamente eso, en contraste con los profesores burgueses y sus discípulos. Mientras analizábamos y exponíamos la creciente independencia política de la burocracia respecto del proletariado, nunca perdimos de vista los límites sociales objetivos de esa "independencia", es decir, la propiedad nacionalizada, y complementada por el monopolio del comercio exterior.

¡Asombroso! Shachtman continúa apoyando la consigna de una revolución política en contra de la burocracia soviética. ¿Ha pensado él alguna vez seriamente en el significado de esa consigna? Si nosotros sostuviéramos que los fundamentos sociales establecidos por la revolución de octubre se reflejan "automáticamente" en la política del Estado, ¿por qué entonces sería necesaria una revolución en contra de la burocracia? Por otro parte, si la URSS ha cesado completamente de ser un Estado obrero, no sería una revolución política la que se requeriría, sino una revolución social. En consecuencia, Shachtman continúa sosteniendo las siguientes consignas: 1) La del carácter de Estado obrero que tiene la URSS; 2) La del antagonismo irreconciliable entre los fundamentos sociales del Estado y la burocracia. Pero mientras repite él las consignas, trata de socavar sus cimientos teóricos. ¿Será quizás con el fin de demostrar una vez más la independencia de su política respecto de las "abstracciones" científicas?

Bajo pretexto de emprender una lucha en contra de la caricatura burguesa del materialismo dialéctico, Shachtman abre de par en par las puertas al idealismo histórico. La formas de la propiedad y el carácter de clase del Estado son motivo de indiferencia para él en el análisis de la política de un gobierno. El Estado mismo se le presenta como un animal de sexo indeterminado. Con ambos pies firmemente plantados en su lecho de rosas, Shachtman nos explica pomposamente —¡en pleno 1940! que además de la propiedad nacionalizada también hay la inmunidad bonapartista y su política reaccionaria. ¡Vaya novedad! ¿Pensó Shachtman por casualidad que estaba hablando en un kindergarten?

Shachtman Hace un Bloque. También con Lenin.

Para ocultar su fracaso en la inteligencia de la esencia del problema de la naturaleza del Estado soviético, Shachtman saltó sobre las palabras que Lenin dirigió en contra mía, el 30 de diciembre de 1920, durante la llamada discusión sobre los sindicatos: "El camarada Trotsky habla del Estado obrero. Permittedme; pero eso es una abstracción... Nuestro Estado no es en realidad un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino... Nuestro actual Estado es tal que aun el proletariado organizado debe defenderse a sí mismo, y nosotros debemos utilizar esas organizaciones obreras para la defensa de los trabajadores en contra de su Estado y para la defensa de nuestro Estado por los trabajadores". Apoyado sobre esa cita y apresurándose a proclamar que yo había

repetido mi "error" de 1920, Shachtman no se dió cuenta en su precipitación de un error mayúsculo en la cita relacionada con la naturaleza del Estado soviético. El 19 de enero, Lenin mismo escribió lo siguiente acerca de su discurso del 30 de diciembre: "Yo declararé: nuestro Estado no es en realidad un Estado obrero, sino un Estado obrero y campesino... Al leer la versión de lo discutido, veo ahora que estaba equivocado... Debí decir: "El Estado obrero es una abstracción. En realidad, tenemos un Estado obrero con las siguientes características especiales: 1) son los campesinos y no los obreros los que predominan en la población; 2) Es un Estado obrero con deformaciones burocráticas". De ese episodio se siguen dos conclusiones: ¡Lenin atribuía tan gran importancia a la definición sociológica precisa del Estado que consideró necesario corregirse a sí mismo en el mayor calor de una polémica! ¡Shachtman se interesa tan poco en la naturaleza de clase del error de Lenin ni de su corrección años más tarde, no se entera ni del error de Lenin ni de su corrección por Lenin!

No me extenderé aquí sobre la cuestión de saber qué tan correctamente enderezaba Lenin sus argumentos en mi contra. Creo que lo hizo tan incorrectamente como que no existía diferencia de opinión entre nosotros sobre la definición del Estado. Pero ese no es el problema ahora. La formulación teórica sobre el Estado, hecha por Lenin en el pasaje citado arriba —en conjunción con la corrección mayor que él mismo introdujo días más tarde— es absolutamente correcta. Permítasenos escuchar cómo

mo es increíble el empleo que hace Shachtman de la definición de Lenin: "Del mismo modo como era posible hablar hace veinte años —escribe él— del término 'Estado obrero' como de una abstracción, así también es posible hablar del término 'Estado obrero degenerado' como de una abstracción". (Op. Cit. Pág. 14). Es evidente que Shachtman no consigue entender a Lenin. Hace veinte años, el término "Estado obrero" no podía ser considerado de ningún modo una abstracción en general; esto es, algo no real o no existente. La definición "Estado obrero", aunque correcta en sí y por sí misma, era inadecuada en relación con una tarea en particular, o sea la defensa de los trabajadores por medio de sus sindicatos; y sólo en este sentido era ella abstracta. Sin embargo, en relación con la defensa de la URSS contra el imperialismo, esta mismísima definición era, en 1920, al igual que lo es hoy, incommoviblemente concreta, al hacer obligatoria para los trabajadores la defensa del Estado dado.

Shachtman no está de acuerdo. Escribe: "Así como entonces fué necesario, en conexión con el problema de los sindicatos hablar concretamente de qué clase de Estado obrero existía en la Unión soviética, así es necesario establecer, en conexión con la actual guerra, el grado de degeneración del Estado soviético... y el grado de degeneración del régimen no puede establecerse por medio de una referencia abstracta a la existencia de la propiedad nacionalizada, sino por la observación de las realidades (!) de los acontecimientos (!) vivientes (!). De ahí, resulta com-

pletamente incomprensible por qué en 1920 la cuestión del carácter de la URSS fué suscitada en conexión con los sindicatos, es decir con cuestiones particulares internas del régimen, mientras que ahora es suscitada en conexión con la defensa de la URSS, esto es, en conexión con el destino entero del Estado. En el primer caso, el Estado obrero era contrapuesto a los obreros; en el último, a los imperialistas. Pequeño prodigio el de esta analogía que cojea de ambas piernas: lo que Lenin contraponía, Shachtman lo identifica.

No obstante, inclusive si tomamos las palabras de Shachtman por su valor nominal, se sigue que la cuestión que a él interesa es sólo el grado de degeneración (¿de qué? de un Estado obrero?) es decir, las diferencias cuantitativas de evaluación. Supongamos que

Shachtman haya puntualizado (¿dónde?) el "grado" más precisamente que nosotros. ¿En qué forma pueden, diferencias puramente cuantitativas, en la evaluación de la degeneración del Estado obrero, afectar nuestra decisión sobre la defensa de la URSS? Es imposible hacer de eso ni pies ni cabeza. La verdad es que Shachtman continúa fiel al eclecticismo, esto es, a sí mismo, empeñado en la cuestión del "grado" sólo en un esfuerzo por conservar el equilibrio entre Abern y Burnham. Lo que se disputa, en realidad, no es el grado determinado por "las realidades de los acontecimientos vivientes" (¿cuán precisa, "científica", "concreta" y "experimental" terminología!), sino si sí o no esos cambios cuantitativos se han transformado en cambios cualitativos; por ejemplo, si la URSS es toda-

vía un Estado obrero, aun cuando sea degenerado, o si se ha transformado en un nuevo tipo de Estado explotador.

Shachtman no contesta a esa pregunta básica; le parece que no se necesita una respuesta. Su argumento estriba en un puro mimetismo verbal de las palabras de Lenin, pronunciadas en una ocasión distinta, con diferente contenido y que incluyen un error ya subsanado. Lenin declaró en su versión correcta: "El Estado en cuestión no es simplemente un Estado obrero sino un Estado obrero con deformaciones burocráticas". Shachtman declara: "El Estado en cuestión no es simplemente un Estado obrero degenerado, sino..." ...¿sino qué? Nada consigue añadir Shachtman. Orador y auditorio se miran de hito en hito, boquiabiertos.

¿Qué significa "Estado obrero degenerado" en nuestro programa? A esa interrogación, responde nuestro programa con un grado de concreción que resulta enteramente adecuado para resolver la cuestión de la defensa de la URSS. Esto es: 1) Los rasgos que en 1920 constituían una "deformación burocrática" del sistema soviético se han vuelto ahora un régimen burocrático independiente, que ha devorado a los soviets; 2) La dictadura de la burocracia, incompatible con las tareas internas e internacionales del socialismo, ha introducido y continúa introduciendo deformaciones profundas también en la vida económica del país; 3) Básicamente, sin embargo, el sistema de la economía planeada, sobre los fundamentos de la propiedad estatal de los medios de producción, se ha conservado, y continúa sien-

do una conquista colosal de la humanidad. La derrota de la URSS en una guerra contra el imperialismo significaría, no sólo la liquidación de la dictadura burocrática, sino la de la economía estatal planeada; y el desmembramiento del país en zonas de influencia, y una nueva estabilización del imperialismo, y un nuevo debilitamiento del proletariado.

De la circunstancia de que la deformación "burocrática" ha crecido hasta convertirse en un régimen de autocracia burocrática, sacamos nosotros la conclusión de que la defensa de los trabajadores por medio de sus sindicatos (que han sufrido la misma degeneración que el Estado) es hoy, en contraste con 1920, completamente irreal; es necesario derrocar a la burocracia; esta tarea sólo puede llevarse a cabo por medio de la creación de un partido bolchevique ilegal en la URSS.

De la circunstancia de que la degeneración del sistema político todavía no ha llevado hasta la destrucción de la economía estatal planeada, sacamos la conclusión de que todavía es deber del proletariado mundial defender a la URSS en contra del imperialismo y ayudar al proletariado soviético en su lucha contra la burocracia.

¿Qué es exactamente lo que Shachtman encuentra abstracto en nuestra definición? ¿Qué enmiendas concretas propone él? Si la dialéctica nos enseña que "la verdad es siempre concreta", entonces, esa ley se aplica con igual fuerza a la crítica. No basta con calificar de abstracta una definición. Es preciso señalar exactamente qué es lo que le falta. De otro modo, la crítica misma es estéril. En lugar

de concretar la definición que él tacha de abstracta, Shachtman substituye ésta con el vacío. Eso no basta. El vacío, aún el más pretencioso, debe ser calificado como la peor de todas las abstracciones: puede llenarse con todos los contenidos. Pequeño prodigio el de este vacío teórico, que, al desplazar el análisis clasista, arrastra hacia la política del impresionismo y del aventurismo.

"Economía Concentrada"

Shachtman continúa citando las palabras de Lenin de que "la política es economía concentrada" y de que, en ese sentido, "la política no puede menos de tomar la primacía respecto de la economía". De las palabras de Lenin, Shachtman saca contra mí la moraleja de que estoy interesado, por decirlo así, sólo en "la economía" (medios de producción nacionalizados) y que salto por encima de "la política". Este segundo esfuerzo por explotar a Lenin no es más feliz que el primero. Aquí, el error de Shachtman asume verdaderamente vastas proporciones. Lenin quiere decir: Cuando los procesos, tareas e intereses económicos adquieren un carácter consciente y generalizado ("concentrado"), entran en la esfera de la política, por virtud de ese mismo hecho, y constituyen la esencia de lo político. En este sentido, la política como economía concentrada surge por encima de la actividad económica cotidiana, atomizada, inconsciente y no generalizada.

La justeza de la política, desde el punto de vista marxista, se determina precisamente por la medida en que "concentra" profundamente y en todos sus aspectos lo

económico; esto es, en que expresa las tendencias progresistas de su desarrollo. Por eso basamos nuestra política, primero y por encima de todo, sobre nuestro análisis de las formas de propiedad y de las relaciones de clase. Un análisis más detallado y concreto de los factores de la "superestructura", sólo es posible para nosotros sobre esa base teórica. Así, por ejemplo, si acusáramos a una facción adversa de "conservatismo burocrático", inmediatamente buscaríamos las raíces sociales, es decir, de clase del fenómeno. Cualquier otro procedimiento nos rebajaría a la calidad de marxistas "platónicos", si no de simples payasos ruidosos.

"La política es economía concentrada". Hay que pensar en aplicar también esta proposición al Kremlin. O bien, como excepción a la regla general, ¿la política del gobierno de Moscú no es "economía concentrada", sino una manifestación del libre arbitrio de la burocracia? Nuestra tentativa de reducir la política del Kremlin a la economía nacionalizada, refractada a través de los intereses de la burocracia, provoca una frenética resistencia de parte de Shachtman. Él se guía, en relación con la URSS, no por la consciente generalización de lo económico, sino por la "observación de las realidades de los acontecimientos vivientes"; esto es, por la ley del lugar, por las improvisaciones, simpatías y antipatías. Contrapone él esta política impresionista a la nuestra, sociológicamente fundada, y al mismo tiempo nos acusa de... ignorar lo político. ¡Increíble, pero cierto! Seguramente, en último análisis, la política mal articulada y caprichosa de Shachtman es igualmente ex-

presión "concentrada" de la economía, sólo que —¡ay!— de la economía de la desclasada pequeña burguesía.

Comparación con Guerras Burguesas.

Shachtman nos recuerda que las guerras burguesas fueron en alguna época progresistas y en otro período se volvieron reaccionarias y que, por lo tanto, no basta con dar la definición de clase del Estado empeñado en guerra. Esta proposición no esclarece la cuestión sino que la enturbia. Las guerras burguesas pudieron ser progresistas sólo en una época en que el régimen burgués entero era progresista: en otras palabras, en un tiempo en que la propiedad burguesa, en contradicción con la propiedad feudal, era un factor constructivo y progresista. Las guerras burguesas se volvieron reaccionarias cuando la propiedad burguesa se convirtió en freno del desenvolvimiento. ¿Quiere Shachtman decir, en relación con la URSS, que la propiedad estatal de los medios de producción se ha vuelto un freno para el desarrollo y que la extensión de esta forma de propiedad a otros países constituye una reacción económica? Es obvio que Shachtman no quiere decir esto. Sencillamente, no saca la conclusión lógica de sus propios pensamientos.

El ejemplo de las guerras nacionales burguesas sí enseña una muy instructiva lección; pero Shachtman pasa por encima sin inmutarse. Marx y Engels lucharon por una república alemana unificada. En la guerra de 1870-71, estuvieron ellos del lado de los alemanes, a pesar de que la lucha por la uni-

dad era explotada y desfigurada por los parásitos dinásticos.

Shachtman se refiere a que Marx y Engels inmediatamente se volvieron en contra de Prusia, al verificarse la anexión de Alsacia y Lorena. Ese cambio no hace más que ilustrar nuestro punto de vista más luminosamente. Sería imperdonable olvidar por un instante que de lo que se trataba era de una guerra entre dos Estados burgueses. Así, ambos campos tenían un denominador común de clase. Decidir cuál de los dos era el "menor mal" —hasta donde la historia deja sitio para elegir— sólo era posible sobre la base de factores complementarios. Del lado alemán, se trataba de crear un Estado nacional burgués como campo de combate económico y cultural. El Estado nacional durante ese período era un factor histórico progresista. En esa medida, estuvieron Marx y Engels del lado de los alemanes, a pesar del Hohenzollern y de sus junkers. La anexión de Alsacia y Lorena violó el principio del Estado nacional, lo mismo por lo que ve a Francia que a Alemania, y sentó las bases de una guerra de desquite. Marx y Engels, naturalmente, se volvieron desde luego en contra de Prusia. No por eso incurrieron ellos en el riesgo de prestar un servicio a un sistema inferior de economía en contra de uno superior, puesto que en ambos lados, lo repetimos, prevalecían las relaciones burguesas. Si Francia hubiera sido un Estado obrero en 1870, Marx y Engels habrían estado del lado de Francia desde el principio, puesto que ellos —y es molesto tener que mencionarlo— se guiaban en toda

su actividad por el criterio clasista.

Hoy, en los viejos países capitalistas, la resolución de las tareas nacionales no se halla en cuestión. Por el contrario, la humanidad sufre de la contradicción entre las fuerzas productivas y la demasiado estrecha armazón del Estado nacional. La economía planeada, sobre la base de la propiedad socializada, libre de las fronteras nacionales, es la tarea del proletariado internacional, sobre todo... en Europa. Precisamente esa tarea es la que se expresa en nuestra consigna: "¡Por los Estados Unidos Socialistas de Europa!" La expropiación de los titulares privados de la propiedad en Polonia, lo mismo que en Finlandia, es un factor progresista en sí y por sí mismo. Los métodos burocráticos del Kremlin, en este proceso, ocupan el mismo sitio que los métodos dinásticos de Hohenzollern en la unificación de Alemania. En cualquier tiempo en que nos veamos frente a la necesidad de escoger entre la defensa de formas reaccionarias de propiedad, manejadas por medidas reaccionarias, y la introducción de formas progresistas de propiedad mediante medidas burocráticas, nosotros no colocaremos ambos campos en el mismo plano, sino que elegiremos el mal menor. En esto no hay más "capitulación" ante el stalinismo de la que hubo ante Hohenzollern en la política de Marx y Engels. Es apenas necesario añadir que el papel de Hohenzollern en la guerra de 1870-71 no justificó ni el papel histórico general de la dinastía ni su existencia.

Derrotismo Según la Coyuntura o el Huevo de Colón.

Permítasenos ahora observar cómo Shachtman, auxiliado por un vacío teórico, opera con las "realidades de los acontecimientos vivientes" en una cuestión especialmente vital. Escribe él: "Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin... Pero, ¿qué es la guerra? La guerra es la continuación de la política por otros medios. Entonces, ¿por qué habríamos nosotros de apoyar esta guerra que es la continuación de la política internacional que nosotros no apoyamos?". (Op. Cit. pág. 15). No se puede negar lo completo de este argumento; bajo la forma de un sencillo silogismo se nos pone aquí frente a una redondeada teoría de derrotismo. ¡Tan sencillo como el huevo de Colón! Puesto que nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin, no debemos nunca apoyar a la U.R.S.S. Entonces, ¿por qué no decirlo?

Nosotros rechazábamos ya la política interna e internacional del Kremlin, antes del pacto germano-soviético y antes de la invasión de Polonia por el Ejército Rojo. Eso significa que las "realidades de los acontecimientos vivientes" del último año no tienen la menor relación con el caso. Si fuimos defensores en lo pasado, en conexión con la U.R.S.S., eso sólo fué como resultado de la inconsistencia. Shachtman revisa no sólo la política actual de la Cuarta Internacional, sino también la pasada. Puesto que estamos en contra de Stalin, debemos estar también en contra de la U.R.S.S. Durante largo tiempo, Stalin ha sostenido esta misma opinión.

Shachtman ha llegado a ella sólo recientemente. De su rechazo de la política del Kremlin, se sigue un completo e indivisible derrotismo. Entonces, ¿por qué no decirlo?

Es que Shachtman no consigue convencerse de decirlo. En un pasaje anterior, escribe: "Decíamos —la minoría continúa diciéndolo— que si los imperialistas asaltaban a la Unión Soviética con el propósito de aplastar la última conquista de la revolución de octubre y reducir a Rusia a un mosaico de colonias, apoyaríamos incondicionalmente a la Unión Soviética". (Op. Cit. pág. 15). ¡Un momento, un momento! La política internacional del Kremlin es reaccionaria; nosotros no podemos apoyar una guerra reaccionaria. ¿Cómo es, pues, que resulta inesperadamente que si los perversos imperialistas "asaltan" a la U. R. S. S. y si los perversos imperialistas persiguen el poco recomendable propósito de transformarla en una colonia, cómo es que bajo semejantes "condiciones" excepcionales defenderá a la U.R.S.S.... "incondicionalmente"? ¿Cómo puede ser esto sensato? ¿En dónde está la lógica? O bien, Shachtman, siguiendo el ejemplo de Burnham, ¿también ha relegado la lógica a la esfera de la religión y de otros artículos de museo?

La clave de ese embrollo de confusión estriba en el hecho de que la declaración: "Nunca hemos apoyado la política internacional del Kremlin" es una abstracción. Debe ser disecada y concretada. En su actual política, lo mismo exterior que interior, la burocracia coloca primero y prominentemente la defensa de sus propios intereses pa-

rasitarios. En este aspecto, nosotros sostenemos una lucha mortal en su contra; pero, en último análisis, a través de los intereses de la burocracia, en una forma muy retorcida, se reflejan los intereses del Estado obrero. Nosotros defendemos estos intereses, con nuestros propios métodos. Así, no luchamos en contra del hecho de que la burocracia salvaguarde (¡a su propio modo!) la propiedad estatal, el monopolio del comercio exterior o el rechazo a pagar las deudas zaristas. Sin embargo, en una guerra entre la U.R.S.S. y el mundo capitalistas —independientemente de los incidentes que hubieren llevado a la guerra o de los "fines" de éste o de aquel gobierno— lo que se debate es el destino precisamente de las conquistas históricas que nosotros defendemos incondicionalmente, es decir, a pesar de la política reaccionaria de la burocracia. Consecuentemente, la cuestión se reduce —en última y decisiva instancia— a la naturaleza de clase de la U.R.S.S.

Lenin dedujo la política del derrotismo del carácter imperialista de la guerra; pero no se detuvo ahí. Dedujo el carácter imperialista de la guerra de una etapa específica en el desarrollo del régimen capitalista y de su clase dominante. Puesto que el carácter de la guerra se determina precisamente por el carácter de clase de la sociedad y del Estado, Lenin recomendó que al determinar nuestra política frente a la guerra imperialista, nos abstrajéramos de circunstancias tan "concretas" como la democracia y la monarquía, la agresión y la defensa nacional. En oposición a eso, Shachtman propone que deduzcamos el derrotismo de las con-

diciones de la coyuntura. Ese derrotismo es indiferente al carácter de clase de la U.R.S.S. y de Finlandia. A él le bastan los rasgos reaccionarios de la burocracia y la "agresión". Si Francia, Inglaterra o los Estados Unidos mandan aeroplanos y cañones a Finlandia, eso no tiene que ver con la determinación de la política de Shachtman. Pero si las tropas británicas desembarcan en Finlandia, entonces Shachtman pondrá un termómetro bajo la lengua de Chamberlain y determinará sus intenciones, ya sea que se proponga sólo salvar a Finlandia de la política imperialista del Kremlin, ya sea que, además, se proponga derrocar la "última conquista de la revolución de octubre." En estricto acuerdo con la lectura del termómetro, Shachtman, el derrotista, está listo a transformarse en defensor. Esto es lo que él quiere decir con substituir los principios abstractos por las "realidades de los acontecimientos vivientes".

Renuncia al Criterio de Clase.

Permítasenos volver una vez más al ABC. En sociología marxista, el punto inicial de análisis es la definición de clase de un fenómeno dado, por ejemplo, Estado, partido, tendencia filosófica, escuela literaria, etc. En muchos casos, sin embargo, la simple definición de clase es inadecuada, ya que una clase se compone de diferentes estratos, pasa por diferentes fases de desarrollo, se encuentra bajo diferentes condiciones, está sujeta a la influencia de otras clases. Se hace necesario tomar en cuenta factores de segundo y tercer rango, con el objeto de redondear el análisis; según el propósito específico, se les toma ya sea parcial ya

sea completamente. Pero, para un marxista, el análisis es imposible sin una caracterización de clase del fenómeno que se considere.

El sistema esquelético y muscular no agota la anatomía de un animal; sin embargo, un tratado de anatomía que intentara "abstraerse" de los huesos y de los músculos, se columpiaría en el aire. La guerra no es un órgano sino una función de la sociedad, es decir, de su clase dominante. Es imposible definir y estudiar una función sin comprender el órgano, en este caso, el Estado; es imposible conseguir un entendimiento científico del órgano sin una inteligencia de la estructura del organismo, en este caso, la sociedad. Los huesos y músculos de la sociedad están constituidos por las fuerzas productivas y las relaciones de clase (de propiedad). Sostiene Shachtman que es posible que una función, la guerra, sea estudiada "concretamente", de modo independiente respecto del órgano al cual pertenece, el Estado. ¿No es monstruoso?

Ese error fundamental se complementa con otro igualmente evidente. Después de separar la función del órgano, Shachtman, al estudiar la función misma, en contra de todas sus promesas, procede, no de lo abstracto a lo concreto, sino al contrario, disolviendo lo concreto en lo abstracto. La guerra imperialista es una de las funciones del capital financiero, es decir, de la burguesía que, llegada a cierta fase de desarrollo, se apoya sobre un capitalismo de estructura específica, llamado capital monopolista. Esta definición es suficientemente concreta para nuestras conclusiones políticas básicas. Pero al ex-

tender el término guerra imperialista hasta cubrir también el Estado Soviético, Shachtman se priva de apoyo para sus propios pies. Con el fin de encontrar una justificación aunque sea superficial para aplicar la misma designación a la expansión del capital financiero y a la expansión del Estado obrero, Shachtman se ve obligado a desprenderse de la estructura social de ambos estados en conjunto, proclamando que son... una abstracción. Así, jugando al escondite con el marxismo, ¡Shachtman rotula lo concreto como abstracto y escamotea lo abstracto como concreto!

Ese juego escandaloso con la teoría no es accidental. En los Estados Unidos, todo pequeño burgués, sin excepción, está listo a llamar "imperialista" cualquier toma de territorio, especialmente ahora que los Estados Unidos no están ocupados en adquirir tierras. Pero si se dice a ese mismo pequeño burgués que toda la política extranjera del capital financiero es imperialista, ya sea o no que lleve a cabo, en el momento dado, una anexión o la "defensa" de Finlandia en contra de una anexión, entonces nuestro pequeño burgués dará un brinco de fervorosa indignación. Naturalmente, los líderes de la oposición difieren considerablemente del pequeño burgués promedio en sus propósitos y en su nivel político; pero desgraciadamente tienen raíces comunes de pensamiento. Un pequeño burgués, invariablemente trata de separar los acontecimientos políticos de su fundamento social, ya que existe un conflicto orgánico entre un análisis clasista de los hechos y la posición social y la educación de la pequeña burguesía.

Una vez más, Polonia.

Mi observación de que el Kremlin con sus métodos burocráticos daba un impulso a la revolución socialista en Polonia, es convertida por Shachtman en una afirmación de que, a mi manera de ver, una "revolución burocrática" del proletariado es de presumirse posible. Esto no sólo es incorrecto, sino también desleal. Mi expresión estaba rígidamente limitada. No se trata de "revolución burocrática" sino solamente de un impulso burocrático. Denegar ese impulso es denegar la realidad. Las masas populares en Ucrania Occidental y en Byelo-Rusia, en cualquier caso, sintieron ese impulso, entendieron su significado y lo utilizaron para llevar a cabo una transformación drástica en las relaciones de propiedad. Un partido revolucionario que no se diera cuenta de este impulso a tiempo y que rehusara utilizarlo, no sería bueno para nada más que para el basurero.

Ese impulso en dirección de la revolución socialista fué posible sólo porque la burocracia de la U.R.S.S. se apoya y tiene sus raíces en la economía de un Estado obrero. La utilización revolucionaria de ese "impulso" por los ucranianos y byelo-rusos fué posible sólo por medio de la lucha de clases en los territorios ocupados y bajo la fuerza del ejemplo de la revolución de octubre. Finalmente, el rápido estrangulamiento o semi-estrangulamiento de ese movimiento revolucionario de masas fué posible por virtud de su aislamiento y del poder de la burocracia de Moscú. Quién no fuere capaz de entender la interacción dialéctica de estos tres factores: Estado obrero, masas

oprimidas y burocracia bonapartista, hará mejor absteniéndose de palabreos sobre los acontecimientos de Polonia.

Para las elecciones a la Asamblea Nacional de la Ucrania Occidental y de la Byelo-Rusia Occidental, el programa electoral, dictado naturalmente por el Kremlin, incluyó tres puntos extremadamente importantes: inclusión de ambas provincias en la Federación de la U.R.S.S.; confiscación de los latifundios en favor de los campesinos; nacionalización de la gran industria y de los bancos. Los demócratas ucranianos, a juzgar por su conducta, consideraron un mal menor el estar unificados bajo la jurisdicción de un solo Estado. Y desde el punto de vista de la futura lucha por la independencia, están en lo justo. En cuanto a los otros dos puntos del programa, se puede pensar que no puede haber duda entre nosotros sobre su carácter progresista. Tratando de pasar a un lado de la realidad, es decir, de que nada más que los fundamentos sociales de la U.R.S.S. impusieron al Kremlin un programa social revolucionario, Shachtman se refiere a Lituania, Estonia y Latvia, en donde todo se ha mantenido en el mismo estado. ¡Argumento increíble! Nadie ha dicho que la burocracia soviética, siempre y por **doquier**, quiera o sea capaz de llevar a cabo la expropiación de la burguesía. Lo único que decimos es que ningún otro gobierno podría haber realizado la transformación social que la burocracia del Kremlin, no obstante su alianza con Hitler, se vió obligada a sancionar en la Polonia del Este. De no hacerlo, no habría podido incluir ese territo-

rio en la Federación de la U.R. S.S.

Shachtman está enterado de la transformación social. No puede pegarla. Es incapaz de explicarla. Sin embargo trata de salvar la cara. Escribe: "En la Ukrania Polaca y en la Rusia Blanca, en donde la explotación de clase se intensificó con la opresión nacional... los campesinos comenzaron a tomar la tierra directamente y a arrojar a los terratenientes, que ya iban a medias huyendo". Etc. (Op. Cit. Pág. 16.) Resulta que el Ejército Rojo no tuvo conexión ninguna con todo eso. Vino a Polonia sólo como "una fuerza contra-revolucionaria", con el propósito de suprimir el movimiento. Entonces, ¿por qué los obreros y campesinos de la Polonia Occidental tomada por Hitler no organizaron una revolución? ¿Por qué fueron principalmente revolucionarios, "demócratas" y judíos los que huyeron de ahí, mientras que de Polonia Oriental, fueron principalmente terratenientes y capitalistas los fugitivos? Shachtman no tiene tiempo para pensar en esto: está muy apurado explicándome que la concepción de la "revolución burocrática" es absurda, ya que la emancipación de los trabajadores sólo puede llevarse a cabo por los trabajadores mismos. ¿No estoy en lo justo al repetir que Shachtman se siente ostensiblemente dentro de un kindergarten?

En el órgano parisiense de los mencheviques —quienes, si eso es posible, son todavía más "irrenconciliables" en su actitud en contra de la política extranjera del Kremlin que Shachtman— se refiere que "en las aldeas —muy frecuentemente a la simple aproximación de

las tropas soviéticas (es decir, antes aun de su entrada a un distrito dado. L. T.)— comités campesinos surgieron por todas partes, órganos elementales del gobierno autónomo revolucionario campesino..." Las autoridades militares se apresuraron, claro, a subordinar esos comités a los órganos burocráticos establecidos por ellas en los centros urbanos. Sin embargo, se vieron obligadas a apoyarse sobre los comités campesinos, desde el momento en que sin ellos era imposible llevar a cabo la revolución agraria.

El líder de los mencheviques, Dan, escribió el 19 de octubre: "De acuerdo con el testimonio unánime de todos los observadores, la aparición del Ejército Soviético y de la burocracia soviética provocó, no sólo en el territorio ocupado por ellos, sino más allá de sus límites, un impulso al tumulto social y a las transformaciones sociales". El "impulso", como puede verse, no fué inventado por mí, sino por "el testimonio unánime de todos los observadores", dotados de ojos y de oídos. Dan va todavía más lejos y expresa la suposición de que "las olas engendradas por ese impulso habrán no solamente de afectar el poderío alemán en un lapso comparativamente corto, sino también en grado mayor o menor, penetrar en otros estados".

Otro autor menchevique escribe: "A pesar de lo que hayan podido intentar en el Kremlin para evitar cualquier cosa que pudiera engolosinar con la gran revolución, el simple hecho de la entrada de las tropas soviéticas en territorios de la Polonia Oriental y las viejas relaciones agrarias semif feudales, todavía supervivientes ahí, tenían que

provocar un tempestuoso movimiento agrario. Con la aproximación de las tropas soviéticas, los campesinos comenzaron a tomar los latifundios de los terratenientes y a formar comités campesinos". Observaréis que: con la aproximación de las tropas soviéticas, y de ningún modo con su expulsión, como debería ser, de acuerdo con las palabras de Shachtman.

El testimonio de los mencheviques, por lo demás, se confirma con los informes de la prensa burguesa.

"La revolución agraria en la Polonia soviética ha tenido la fuerza de un movimiento espontáneo. Tan pronto como se extendió el informe de que el Ejército Rojo había cruzado el río Zbrucz, los campesinos comenzaron a repartir entre ellos las hectáreas de los terratenientes. Se dió la tierra primero a los pequeños tenedores y así se expropió cerca de un 30% de la tierra laborable". (N. Y. Times, enero 17, 1940).

Como si se tratara de un nuevo argumento, Shachtman me lanza sus propias palabras, para sostener que la expropiación de los terratenientes en la Polonia Oriental no puede alterar nuestra apreciación de la política general del Kremlin. ¡Claro que no! Nadie lo ha propuesto. Con ayuda de la Komintern, el Kremlin ha desorientado y desmoralizado a la clase obrera y así, no sólo ha facilitado el estallido de una nueva guerra imperialista, sino que también ha hecho extremadamente difícil la utilización de esa guerra para la revolución. Comparada con esos crímenes, la transformación social en las dos provincias, que fué pagada con creces por el esclaviza-

miento de Polonia, es naturalmente de importancia secundaria y no puede alterar el carácter general reaccionario de la política del Kremlin. Pero por iniciativa de la misma oposición, la cuestión ahora planteada no es de política general, sino de refracción concreta a través de las condiciones específicas de tiempo y de lugar. Para los campesinos de Galitzia y de la Byelo-Rusia Occidental la transformación agraria fué de la mayor importancia. La Cuarta Internacional no podía boycotear esa transformación, sobre la base de que la iniciativa fué tomada por la burocracia reaccionaria. Nuestro estricto deber era participar en la transformación, al lado de los obreros y campesinos y, en esa medida, al lado del Ejército Rojo. Al mismo tiempo, era indispensable prevenir incansablemente a las masas sobre el carácter reaccionario general de la política del Kremlin y de los peligros que eso entraña para los territorios ocupados. Saber cómo combinar esas dos tareas o, más precisamente, las dos fases de la misma tarea, he ahí lo que constituye la política bolchevique.

Una Vez Más, Finlandia.

Habiendo revelado tan singular perspicacia para entender los acontecimientos de Polonia, Shachtman se lanza sobre mí con autoridad redoblada, en relación con los acontecimientos de Finlandia. En mi artículo "Una Oposición Pequeño Burguesa", escribí que "la guerra ruso-finlandesa está aparentemente comenzando a ser complementada por una guerra civil, en la cual el Ejército Rojo se encontrará en un momento dado, en el mismo campo del pequeño campesinado finlan-

...os obreros..." Esta fórmula extremadamente cauta no encontró la aprobación de mi implacable juez. Mi estimación de los acontecimientos de Polonia lo había sacado ya de quicio. "Encuentro todavía menos (pruebas) para sus —¿cómo tendré que decir?— asombrosas observaciones acerca de "Finlandia", escribe Shachtman en la página 16 de su "Carta". Me apena que Shachtman prefiera asombrarse a pensar algo a este respecto.

En los estados bálticos, el Kremlin limitó sus tareas a conseguir ganancias estratégicas con el cálculo indiscutible de que en lo futuro esas bases militares estratégicas permitirán también la soviétización de esos antiguos distritos del imperio zarista. Los éxitos en el Báltico, conseguido por la amenaza diplomática, encontráronse, sin embargo, con la resistencia de Finlandia. Someterse a esa resistencia, habría significado para el Kremlin, poner en peligro su "prestigio" y por lo tanto sus éxitos en Estonia, Latvia y Lituania. Así, en contra de sus planes iniciales, el Kremlin se vió obligado a recurrir a la fuerza armada. De esos hechos, cualquier persona que piense, se preguntará: ¿Pretende el Kremlin sólo atemorizar a la burguesía finlandesa y forzarla a hacer concesiones, o irá ahora más lejos? A esa pregunta, claro que no puede haber una respuesta "automática". Era necesario —a la luz de las tendencias generales— orientarse, a base de los síntomas concretos. Los líderes de la oposición son incapaces de eso.

Las operaciones militares comenzaron el 30 de noviembre. Ese mismo día, el Comité Central del Par-

tido Comunista Finlandés, indudablemente situado, ya sea en Leningrado o en Moscú, lanzó un manifiesto por radio al pueblo laborante de Finlandia. Ese manifiesto proclamaba: "Por segunda vez en la historia de Finlandia, la clase trabajadora finlandesa entabla una lucha en contra del yugo de la plutocracia. La primera experiencia de los obreros y campesinos terminó, en 1918, con la victoria de los capitalistas y terratenientes. Pero esta vez... ¡el pueblo laborante tendrá que ganar!" Este manifiesto por sí solo claramente indicaba que no existía ningún intento de atemorizar al gobierno burgués de Finlandia, sino un plan para provocar la insurrección en el país y completar la invasión del Ejército Rojo con la guerra civil.

La declaración del llamado Gobierno del Pueblo, publicada el 2 de diciembre, afirma: "En diferentes partes del país, el pueblo se ha levantado ya y ha proclamado la creación de una república democrática". Esa afirmación es ostensiblemente un invento; de otro modo, el manifiesto habría mencionado los sitios en que se habían llevado a cabo los intentos de insurrección. Es posible, sin embargo, que intentos aislados, preparados desde fuera, hayan terminado en el fracaso, y por eso precisamente haya parecido mejor no entrar en detalles. En cualquier caso, las noticias referentes a "insurrecciones" constituyeron una llamada a la insurrección. Por los demás, la declaración contenía información concerniente a la formación del "primer cuerpo finlandés, que en el curso de las próximas batallas será engrosado por voluntarios de las filas

de obreros y campesinos revolucionarios". Sea que hubieran mil hombres en ese "cuerpo", o fueran ellos sólo ciento, el significado del "cuerpo" en la determinación de la política del Kremlin fué incontestable. Al mismo tiempo, despachos cablegráficos informaban de la expropiación de grandes terratenientes en las regiones fronterizas. No hay el menor lugar a duda de que esto es exactamente lo que aconteció durante el primer avance del Ejército Rojo. Pero aun cuando esos despachos fueran considerados como invenciones, conservan enteramente, sin embargo, su significado como llamada a la revolución agraria. De ese modo, tenía todo derecho para declarar que "la guerra ruso-finlandesa está aparentemente comenzando a ser complementada por una guerra civil". A principios de diciembre, es cierto, sólo tenía a mi disposición una parte de esos hechos; pero sobre el fondo de la situación general y, me tomo la libertad de añadir, con ayuda de la comprensión de la lógica interna, los síntomas aislados me permitieron llegar a las conclusiones necesarias respecto de la dirección de toda la lucha. Sin semejantes conclusiones cuasi a priori, se podrá ser un observador que razona, pero en ningún caso un participante activo de los acontecimientos. Pero, ¿por qué la llamada del "Gobierno del Pueblo" no consiguió una respuesta inmediata de las masas? Por tres razones; Primera, Finlandia está completamente dominada por un aparato militar reaccionario, sostenido no sólo por la burguesía, sino también por las capas altas del campesinado y por la burocracia laborista; segunda, la política del Kremlin

logró transformar al Partido Comunista Finlandés en un factor insignificante; tercera, el régimen de la U.R.S.S. de ningún modo es capaz de levantar el entusiasmo entre las masas trabajadoras finlandesas. Aun en Ucrania, entre 1918 y 1920, los campesinos respondieron muy lentamente a las llamadas para tomar los latifundios de los terratenientes, porque el poder local soviético todavía era muy débil y cada triunfo de los blancos traía consigo cruentas expediciones punitivas. Tanto menos sorprendente es que los campesinos pobres finlandeses tardaran en responder a una llamada a la revolución agraria. Para poner a los campesinos en movimiento, se habrían requerido triunfos importantes del Ejército Rojo; y durante el primer mal preparado avance, el Ejército Rojo sólo sufrió derrotas. Bajo tales condiciones, ni siquiera era posible hablar de un levantamiento campesino. Era imposible esperar una guerra civil en Finlandia, en aquel momento: mis cálculos hablaban muy precisamente de complementar las operaciones militares con medidas de guerra civil. Tengo en la mente —por lo menos, hasta que el ejército finlandés es aniquilado— sólo el territorio ocupado y las regiones adyacentes. Hoy, 17 de enero, mientras escribo estas líneas, despachos de fuente finlandesa informan que una de las provincias fronterizas ha sido invadida por destacamentos de emigrados finlandeses y de que hermano y hermano se están matando ahí. ¿Qué es esto, si no un episodio de guerra civil? En cualquier caso, no puede dudarse de que un nuevo avance del Ejército Rojo en Finlandia

confirmará paso a paso nuestra apreciación general de la guerra. Shachtman no tiene ni un análisis de los acontecimientos, ni una insinuación de pronóstico. El se limita a la noble indignación y por eso a cada paso se hunde más en el cieno.

La llamada del "Gobierno del Pueblo" proponía el control obrero. ¿Qué puede significar eso! —exclama Shachtman. No existe control obrero en la U.R.S.S., ¿por qué habría de venir en Finlandia? Es triste decirlo, pero Shachtman revela una falta completa de inteligencia de la situación. En la U.R.S.S., el control obrero es una fase completada hace largo tiempo. Del control sobre la burguesía, pasaron ahí al manejo de la producción nacionalizada. Del manejo de los obreros, al mando de la burocracia. Un nuevo control obrero significaría ahora un control sobre la burocracia. Ese no puede establecerse, sino como resultado de un levantamiento victorioso en contra de la burocracia. En Finlan-

dia, el control obrero todavía significa sólo arrojar a la burguesía nativa, cuyo sitio se propone tomar la burocracia. Por lo demás, no se puede pensar que el Kremlin sea tan estúpido como para intentar gobernar a la Polonia Oriental o a Finlandia por medio de comisarios importados. Para el Kremlin, es de la más grande urgencia la extracción de un nuevo aparato administrativo de entre la población laborante de las áreas ocupadas. Esa tarea sólo puede resolverse en varias etapas. La primera, son los comités campesinos y los comités de control obrero (*).

Shachtman se aferra ansiosamente aun al hecho de que el programa de Kuusinen "es, formalmente, el programa de una "democracia" burguesa", ¿Quiere decir él que Kremlin se interesa más en establecer una democracia burguesa en Finlandia que en incluir a ésta dentro de la estructura de la U.R.S.S.? Shachtman mismo no sabe lo que quiere de-

(*) Estaba ya escrito este artículo, cuando leí en el New York Times del 17 de enero, las siguientes líneas, relacionadas con la antigua Polonia Oriental: "En la industria, actos drásticos de expropiación todavía no han sido llevados a cabo en gran escala. Los principales centros del sistema bancario, la red ferroviaria y cierto número de grandes empresas industriales, durante años fueron propiedad del Estado, antes de la ocupación rusa. En las industrias pequeñas y medianas los obreros ejercen ahora su control sobre la producción.

"Los industriales, nominalmente conservan íntegro el derecho de propiedad sobre sus establecimientos; pero están obligados a someter las resoluciones de costos de producción y demás, a la consideración de los delegados obreros. Estos, juntamente con los patronos, fijan salarios, condiciones de trabajo y una 'tasa justa de beneficio' para el industrial".

Así vemos que "las realidades de los acontecimientos vivientes" no se someten en modo alguno a los moldes pedantes y privados de vida de los líderes de la oposición. Mientras tanto, nuestras "abstracciones" comienzan a transformarse en carne y hueso.

cir. En España, que Moscú no se preparaba a fusionar con la U.R.S.S., de lo que se trató en realidad fue de demostrar la habilidad del Kremlin para salvaguardar a la democracia burguesa en contra de la revolución proletaria. Esa tarea dimanaba de los intereses de la burocracia del Kremlin en aquella situación internacional particular. Hoy, la situación es diferente. No se prepara el Kremlin a demostrar su utilidad a Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Como lo ha demostrado su actividad, está firmemente decidido a soviétizar a Finlandia en una o en dos etapas. El programa del Gobierno de Kuusinen, aunque se le analice desde un punto de vista "formal", no se diferencia del programa de los bolcheviques en noviembre de 1917. Ciertamente, Shachtman explota mucho el hecho de que yo, generalmente, atribuyo un significado al manifiesto del "idiota" de Kuusinen. Sin embargo, me tomaré la libertad de considerar que el "idiota" de Kuusinen, al actuar bajo el ukase del Kremlin y con el apoyo del Ejército Rojo, representa un factor político mucho más serio que el que representan sabihondos superficiales que se niegan a pensar a través de la lógica interna (dialéctica) de los acontecimientos.

Como resultado de su notable análisis, Shachtman propone, abiertamente esta vez, una política derrotista en relación con la U.R.S.S., y añade (para caso de emergencia) que no deja en ningún modo de ser un "patriota de su clase". Nos place mucho la información. Lo malo es que Dan, líder de los mencheviques, desde el 12 de noviembre escribió que en caso de que la Unión Soviética invadiera a Fin-

landia, el proletariado mundial "debe tomar una posición derrotista definitiva en relación con esa violación". (Sozialisticheski Vestnik, N° 19-20, pág. 43). Es necesario añadir que a lo largo del régimen de Kerensky, Dan fue un rabioso defensor; no consiguió ser derrotista ni siquiera bajo el zar. Sólo la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo ha convertido a Dan en derrotista. Naturalmente, no por eso ha dejado él de ser "un patriota de su clase". ¿Cuál clase? La cuestión no carece de interés. Shachtman no está de acuerdo con Dan en lo que se refiere al análisis de los acontecimientos, ya que éste, por encontrarse más cerca del teatro de la acción, no puede substituir los hechos por la ficción; pero para compensar eso, en lo que se refiere a las "conclusiones políticas concretas", Shachtman ha resultado ser un "patriota" de la mismísima clase que Dan. Esta clase, en sociología marxista, si la oposición me lo permite, se llama pequeña burguesía.

La Teoría de los "Bloques".

Para justificar su bloque con Burnham y Abern —en contra del ala proletaria del partido, en contra del programa de la Cuarta Internacional y en contra del método marxista— Shachtman no ha escatimado la historia del movimiento revolucionario. Sus ejemplos históricos son arbitrarios, incompletos y categóricamente falsos.

No toda colaboración es un bloque en el sentido propio del término. No poco frecuentes son los acuerdos episódicos que de ningún modo se transforman y que no se debe tratar de transformar en un prolongado bloque. Por otra parte,

la pertenencia al mismo partido, difícilmente puede llamarse un bloque. Dos partidos pueden convenir en un bloque a largo plazo para luchar juntos en contra de un enemigo común: esa fué la política del "frente popular". Tendencias próximas, pero no idénticas, dentro de un mismo partido, pueden convenir en un bloque, en contra de una tercera facción.

Para estimar los bloques internos en los partidos, son de importancia decisiva dos cuestiones: 1). Primero y sobre todo, ¿en contra de quién o de qué está dirigido el bloque? 2). ¿Cuál es la relación de fuerzas dentro del bloque? Así, para una lucha en contra del chauvinismo dentro del propio partido, está enteramente permitida la constitución de un bloque entre internacionalistas y centristas. El resultado del bloque dependerá, en este caso, de la claridad del programa de los internacionalistas, de su cohesión y disciplina, ya que estos rasgos frecuentemente son más importantes para la determinación de la relación de fuerzas que su contenido numérico.

Como dijimos antes, Shachtman apela al bloque de Lenin con Bogdanov. Ya he afirmado que Lenin no hizo ni las más ligeras concesiones teóricas a Bogdanov. Ahora examinaremos el aspecto político del "bloque". Primero que todo, es necesario establecer que de lo que en realidad se trató no fué de un bloque, sino de la colaboración en una organización común. La facción bolchevique desarrollaba una existencia independiente. Lenin no formó un "bloque" con Bogdanov, en contra de otras tendencias dentro de su propia organización. Por el contrario, formó un bloque aun con los bolchevique-conciliadores

(Dubrovinsky, Rykov y otros) en contra de las herejías teóricas de Bogdanov. En esencia, la cuestión, en lo que se refiere a Lenin, era si sería posible continuar con Bogdanov en la misma organización que, a pesar de ser llamada una "facción", tenía todos los rasgos de un partido. Si Shachtman no considera a la oposición como una organización independiente, entonces su referencia al "bloque" Lenin-Bogdanov se hace añicos.

Pero el error en la analogía no se limita a eso. La facción-partido bolchevique desarrollaba una lucha en contra del menchevismo, que en esta época ya se había revelado completamente como una agencia pequeño-burguesa de la burguesía liberal. Eso era mucho más serio que la acusación de supuesto "conservatismo burocrático", cuyas raíces de clase, Shachtman ni siquiera intenta definir. La colaboración de Lenin-Bogdanov fué una colaboración entre una tendencia proletaria y una tendencia centrista sectaria, en contra del oportunismo pequeño burgués. Las líneas de clase están claras. El "bloque" (si se usa el término en el caso dado) estaba justificado.

La historia subsecuente del "bloque" no carece de significación. En la carta a Gorky, citada por Shachtman, Lenin expresaba la esperanza de que sería posible separar las cuestiones políticas de las puramente filosóficas. Shachtman olvida añadir que la esperanza de Lenin no llegó a materializarse. Se desarrollaron diferencias desde en las cimas de la filosofía hasta abajo, en todas las demás cuestiones, inclusive las más rutinarias. Si el "bloque" no desacreditó al bolchevismo sólo fué porque Lenin tenía un programa acabado,

un método correcto, una facción firmemente soldada, en la cual el grupo de Bogdanov constituía una pequeña minoría inestable.

Shachtman ha constituido un bloque con Burnham y Abern en contra del ala propietaria de su propio partido. Imposible evadirlo. La relación de fuerzas dentro del bloque está enteramente en contra de Shachtman. Abern tiene su propia facción. Burnham, con ayuda de Shachtman, puede crear un remedo de facción, constituida por intelectuales desilusionados del bolchevismo. Shachtman carece de programa independiente, de métodos independientes, de facción independiente. El carácter ecléctico del programa de la oposición está determinado por las tendencias contradictorias dentro del bloque. En caso de que el bloque sufriera un colapso —y el colapso es inevitable— Shachtman emergería de la lucha sin otra cosa más que heridas al partido y a sí mismo.

Shachtman más tarde apela al hecho de que en 1917, Lenin y Trotsky se unieron, después de una larga lucha y que más tarde habría sido incorrecto recordarles sus diferencias pasadas. Este ejemplo se encuentra un poco comprometido por el hecho de que Shachtman lo utilizó ya una vez, antes, para explicar su bloque con... Cannon, en contra de Abern. Pero además de esta desagradable circunstancia, la analogía histórica es falsa hasta la médula. Al unirse al partido bolchevique, Trotsky reconoció completamente y con toda lealtad la justeza de los métodos leninistas para la edificación del partido. Al mismo tiempo, la irreconciliable tendencia de clase del bolchevismo había corregido un pronóstico incorrecto. Si yo no sus-

citó nuevamente la cuestión de la "revolución permanente" en 1917 fué porque ésta había sido ya decidida para ambos bandos por la marcha de los acontecimientos. La base para el trabajo conjunto fué constituida no por combinaciones subjetivas o episódicas, sino por la revolución proletaria. Es ésta una sólida base. Además, de lo que se trataba aquí no era de un "bloque", sino de la unificación dentro de un sólo partido, en contra de la burguesía y de sus agentes pequeño-burgueses. Dentro del partido, el bloque de octubre de Lenin y Trotsky estaba dirigido en contra de las vacilaciones pequeño-burguesas sobre la cuestión de la insurrección.

Igualmente superficial es la referencia de Shachtman al bloque de Trotsky con Zinoviev en 1926. La lucha en esa época estaba dirigida, no en contra del "conservatismo burocrático", como rasgo psicológico de unos cuantos individuos antipáticos, sino en contra de la más poderosa burocracia del mundo, de sus privilegios, de su gobierno arbitrario y de su política reaccionaria. El radio de diferencias permitidas en un bloque está determinado por el carácter del adversario.

La relación de elementos dentro del bloque era igualmente diferente en todo. La oposición de 1923 tenía su propio programa y sus propios cuadros, compuestos, no de intelectuales, como afirma Shachtman, haciendo eco a los stalinistas, sino de trabajadores de base. La oposición Zinoviev-Kamenev, a petición nuestra, reconoció, en un documento especial, que la oposición de 1923 estaba en lo correcto en todas las cuestiones fundamentales. Sin embargo, puesto que teníamos tradiciones distintas y estábamos lejos de ponernos de acuerdo en

todo, nunca llegó a realizarse la fusión; ambos grupos se mantuvieron como facciones independientes. En ciertas cuestiones importantes, es cierto, la oposición de 1923 hizo concesiones de principio a la oposición en 1926 —en contra de mi voto— concesiones que consideré y considero aún imperdonables. La circunstancia de que no protesté abiertamente en contra de esas concesiones fué más bien un error. Pero generalmente no había mucho sitio para protestas públicas, ya que trabajábamos ilegalmente. En cualquier caso, ambos campos quedaron bien enterados de mis opiniones respecto de las cuestiones controvertidas. Dentro de la oposición de 1923, novecientos noventa y nueve por mil, si no más, apoyaron mi punto de vista y no el de Zinoviev o el de Radek. Con semejante relación entre ambos grupos dentro del bloque, pudo haber este o aquel error parcial, pero no hubo nada parecido al aventurismo.

Con Shachtman, el caso es completamente distinto. ¿Quién estaba en lo cierto en el pasado, y precisamente cuándo y dónde? ¿Por qué estuvo primero Shachtman con Abern, después con Cannon y ahora de nuevo con Abern? La explicación de Shachtman respecto de las amargas luchas faccionales pasadas es digna no de una figura política responsable, sino de una niña: —Juanito se equivocó un poquito, Max otro poquito, todos un poquito, y ahora, todos estamos un poquito en lo justo. Quién estaba en un error, y en cuál; ni una palabra de eso. No existe tradición. El ayer ha sido borrado de los cálculos, ¿y cuál es la razón

de todo esto? Es porque en el organismo del partido, el camarada Shachtman desempeña el papel de un riñón flotante.

En busca de analogías históricas, Shachtman huye de un ejemplo que realmente sí tiene parecido con su actual bloque. Pienso en el llamado bloque de agosto, en 1912. Yo participé activamente en ese bloque. En cierto modo yo le creé. Políticamente, yo difería de los mencheviques en todas las cuestiones fundamentales. También difería de los bolcheviques ultra-izquierdistas, los Vperyodists (*). En tendencia política general, yo me encontraba mucho más cerca de los bolcheviques. Pero estaba en contra del "régimen" leninista porque todavía no había aprendido a entender que con el objeto de realizar el fin revolucionario un partido centralizado, firmemente soldado, es indispensable. Y así formé yo ese bloque episódico, compuesto por elementos heterogéneos, que estaba dirigido en contra del ala proletaria del partido.

En el bloque de agosto, los "liquidadores" tenían su propia facción, los Vperyodists tenían también algo semejante a una facción. Yo me mantuve aislado, teniendo a quienes pensaban como yo, pero no una facción. Muchos de los documentos fueron escritos por mí y por medio de la elisión de las diferencias de principio, ellos tenían por objeto la creación de una especie de unanimidad respecto de las "cuestiones políticas concretas". ¡Ni una palabra sobre el pasado! Lenin sometió el bloque de agosto a una crítica sin piedad y los golpes más rigurosos cayeron en mi huerto. Lenin probó que

(*) Miembros del grupo Vperiod ("Adelante").—N. de la R.

puesto que yo no me había puesto de acuerdo ni con los mencheviques ni con los Vperyodists mi política era aventurismo. Aquello era severo, pero era cierto.

Como "circunstancias atenuantes", permítaseme mencionar el hecho de que yo me había fijado como tarea, no el apoyar a la facción derechista o ultra-izquierdistas en contra de los bolcheviques, sino la de unir el partido como un todo. Los bolcheviques también fueron invitados a la conferencia de agosto. Pero como Lenin se rehusó de plano a unirse con los mencheviques (en lo cual estaba completamente acertado) me ví colocado en un bloque contra lo natural, con los mencheviques y los Vperyodists. La segunda circunstancia atenuante es que el verdadero fenómeno del bolchevismo como genuino partido revolucionario se desarrollaba entonces por primera vez; en la práctica de la Segunda Internacional no existían antecedentes. Pero no trato por ese medio de absolverme en lo más mínimo de mi culpa. No obstante la concepción de la revolución permanente, que revelaba, indudablemente, una perspectiva correcta, no me había yo liberado en aquella época, especialmente en la esfera organizativa, de los rasgos de un revolucionario pequeño-burgués. Estaba enfermo de la enfermedad del conciliacionismo respecto del menchevismo y de una actitud desconfiada respecto del centralismo leninista. Inmediatamente después de la conferencia de agosto, el bloque comenzó a desintegrarse en sus componentes. En unos cuantos meses, estaba yo, no solamente en principio, sino organizacionalmente fuera del bloque.

Hoy dirijo a Shachtman el mis-

mo reproche que Lenin me dirigió hace veintisiete años: "Su bloque carece de principios". "Su política es aventurismo". De todo corazón expreso la esperanza de que de esas acusaciones, Shachtman extraiga las mismas conclusiones que una vez extraje yo.

Las Facciones en la Lucha.

Shachtman se sorprende de que Trotsky, "el líder de la oposición de 1923", sea capaz de apoyar a la facción burocrática de Cannon. En esto y en la cuestión del control obrero, Shachtman revela de nuevo su falta de percepción de la perspectiva histórica. Ciertamente, para justificar su dictadura, la burocracia soviética ha explotado los principios del centralismo bolchevique, pero, en el proceso real, ha transformado aquéllos en su exacto contrario. Eso, sin embargo, no desacredita en lo más mínimo los métodos del bolchevismo. Durante un período de varios años, Lenin educó el partido en el espíritu de la disciplina proletaria y de un severo centralismo. Mientras lo hacía, sufrió muchas veces el ataque de las facciones y pandillas pequeño-burguesas. El centralismo bolchevique fué un factor profundamente progresista que aseguró, en la última etapa, el triunfo de la revolución. No es difícil comprender que la lucha de la actual oposición en el Socialist Workers Party nada tiene de común con la lucha de la oposición rusa de 1923 en contra de la privilegiada casta burocrática; pero sí tiene, en cambio, un gran parecido con la lucha de los mencheviques en contra del centralismo bolchevique.

De acuerdo con la oposición, Cannon y su grupo son "una ex-

presión de un tipo de política que puede muy bien describirse como conservatismo burocrático". ¿Qué significa eso? La dominación de una burocracia laborista conservadora, copartícipe de la burguesía nacional en los beneficios, sería inconcebible sin el apoyo directo o indirecto del Estado capitalista. El gobierno de la burocracia stalinista sería inconcebible sin una G.P.U., sin ejército, sin tribunales, etc. La burocracia soviética apoya a Stalin, precisamente porque es el burócrata que defiende sus intereses mejor que ningún otro. La burocracia sindical apoya a Green y a Lewis precisamente porque sus vicios, en tanto que hábiles y diestros burócratas, salvaguardan los intereses materiales de la aristocracia laborista. ¿Sobre qué bases se apoya el "conservatismo burocrático" en el S.W.P.? Es obvio que no es sobre intereses materiales, sino en una selección de tipos burocráticos, contrastados con otro bando en donde innovadores, iniciadores y espíritus dinámicos se han reunido en grupo. La oposición no señala ningún objetivo, como por ejemplo, las bases sociales del "conservatismo burocrático". Todo se reduce a pura psicología. En tales condiciones, todo obrero que piense, dirá: Es posible que el camarada Cannon realmente peque en lo referente a tendencias burocráticas —me es difícil juzgar desde lejos—pero si la mayoría del Comité Nacional y del partido entero, que no está en ningún modo interesada en "privilegios" burocráticos, apoya a Cannon, lo hace, no en razón de sus tendencias burocráticas, sino a pesar de ellas. Esto significa que él tiene otras virtudes que contrapesan largamente sus defectos

personales. Eso es lo que un miembro serio del partido dirá. Y en mi opinión, estará en lo justo.

Rumores, especulaciones personales y simples chismes no ayudan en nada, pero ocupan un sitio importante en los círculos pequeño-burgueses, en donde las personas están unidas, no por ligas de partido, sino por relaciones personales, y en donde no se ha adquirido el hábito de un examen clasista de los acontecimientos. De boca en boca ha pasado el que yo he sido visitado exclusivamente por representantes de la mayoría y que se me ha llevado fuera de la senda de la verdad. ¡Queridos camaradas, no creáis semejante insensatez! Yo obtengo información política por los mismos métodos que uso generalmente en mi trabajo. Una actitud crítica respecto de la información es parte orgánica de la fisonomía política de todo hombre político. Si fuese yo incapaz de distinguir las comunicaciones falsas de las verdaderas, ¿qué valor podría tener mi juicio en general?

Los líderes de la oposición, irónica y desdeñosamente hablan de la composición proletaria de la facción de Cannon. A sus ojos, este "detalle" carece de importancia, ¿Qué es eso, si no desdén pequeño-burgués combinado con ceguera? En el segundo congreso de los social-demócratas rusos, en 1903, en el que se produjo la escisión entre los bolcheviques y los mencheviques, sólo habían tres obreros entre muchas decenas de delegados. Los tres se pasaron a la mayoría. Los mencheviques se mofaron de Lenin porque atribuía a ese hecho un gran significado sintomático. Los mismos mencheviques explicaron la posición tomado por los tres trabajadores por su falta de

"madurez". Pero como es bien sabido, fué Lenin quien resultó estar en lo justo.

¡Es Tiempo de Parar!

Hasta qué punto el pensamiento de Shachtman, iniciado en un falso de punto de partida, ha llegado a degradarse, es lo que podemos ver en el hecho de que describe mi posición como una defensa de la "pandilla de Cannon" y de que insiste varias veces sobre el hecho de que en Francia yo apoyé, también erróneamente, la "pandilla de Molinier". Todo es reducido a mi apoyo a individuos aislados o a grupos, con entera independencia de su programa. El ejemplo de Molinier sólo espesa la niebla. Trataré de despejarla. Molinier fué acusado, no de alejarse de nuestro programa, sino de ser indisciplinado, arbitrario y de lanzarse en toda clase de aventuras financieras para sostener el partido y su facción. Puesto que Molinier es un hombre muy enérgico y que incuestionablemente posee capacidades prácticas, me pareció necesario —no sólo en interés de Molinier, sino sobre todo, en interés de la organización misma— agotar todas las posibilidades de convencerlo y de educarlo en el espíritu de la disciplina proletaria. Puesto que sus adversarios poseían todos sus defectos y ninguna de sus virtudes, hice todo para convencer de no apresurar una escisión, sino probar a Molinier, una y otra vez. Eso fué lo que constituyó mi "defensa de Molinier", en el período de adolescencia en la vida de nuestra sección francesa.

La adopción de una actitud paciente para los camaradas disparatados o indisciplinados y los es-

fuerzos resultaron infructuosos; en el espíritu revolucionario como absolutamente obligatorio, son métodos que yo apliqué no solamente a Molinier. Hice intentos de atraer dentro del partido y de salvar a Kurt Landau, Field. Weisbord, el austriaco Frey, el francés Treint y un buen número de otros. En muchos casos, mis esfuerzos resultaron infructuosos; en unos cuantos, fué posible salvar a valiosos camaradas.

En ningún caso hice la menor concesión de principio a Molinier. Cuando él decidió fundar un periódico sobre la base de "cuatro consignas" en lugar de nuestro programa, y dió pasos independientemente para ejecutar su plan, yo estuve entre los que insistieron en su expulsión inmediata. Pero no quiero ocultar el hecho de que en el congreso constitutivo de la Cuarta Internacional estuve en favor de que se probara a Molinier y a su grupo dentro de la estructura de la Internacional, para ver si estaban ya convencidos de lo erróneo de su política. Esa vez, tampoco dió ningún resultado el intento. Pero no renunció a repetirlo, en condiciones apropiadas, una vez más. Resulta muy curioso que entre los peores oponentes de Molinier hubo gentes como Vereecken y Sneevliet quienes, después de haber roto con la Cuarta Internacional, consiguieron unirse con él.

Algunos camaradas, después de conocer mis archivos, me han reprochado amistosamente el haber perdido y el continuar perdiendo mucho tiempo en convencer a "gente sin esperanza". Les he respondido que muchas veces he tenido ocasión de observar cómo cambian las gentes con las circunstancias y que, por lo tanto, no me apre-

suro a declarar a las gentes como "sin esperanza" sobre la base de unos cuantos errores, por serios que sean.

Cuando me pareció claro que Shachtman estaba empujándose a sí mismo y a cierto sector del partido hacia un callejón sin salida, le escribí diciendo que si estuviera en posibilidad de hacerlo, tomaría un avión para Nueva York, a fin de discutir con él por setenta y dos horas tendidas de una vez. Le pregunté si no quería hacer lo posible para reunirnos de algún modo. Shachtman no contestó. Estaba en su pleno derecho. Es enteramente posible que los camaradas que en lo futuro se pongan en contacto con mis archivos digan, también en este caso, que mi carta a Shachtman fué un paso en falso de mi parte y que citen este "error" mío en relación con mi exagerada insistencia en "defender" a Molinier. No me convencerán. Es tarea extremadamente difícil la de formar una vanguardia proletaria internacional en las actuales condiciones. Ir tras los individuos a costa de los principios sería, claro, un crimen. Pero realizar todo lo posible por hacer volver atrás,

hacia nuestro programa, a notables aunque errados compañeros, siempre lo he considerado y sigo considerándolo mi deber.

De la misma discusión sobre los sindicatos, que Shachtman utilizó con tan evidente inaplicabilidad, cito las palabras de Lenin, que Shachtman debería grabar en su mente: "Un error comienza siempre por ser pequeño, para crecer y hacerse mayor. Las diferencias comienzan siempre por bagatelas. Todo mundo ha sufrido alguna vez pequeñas heridas; pero si la pequeña herida se hubiese infectado, una enfermedad mortal hubiera podido seguirse". Así habló Lenin, el 23 de enero de 1921. Imposible es no cometer errores; algunos yerran muy frecuentemente, otros menos. El deber de un revolucionario proletario es no persistir en errores, no colocar la ambición por encima de los intereses de la causa, sino parar a tiempo. ¡Es tiempo de que el camarada Shachtman pare! De otro modo, el rasguño, que ya se ha desarrollado en úlcera, puede llevar a la gangrena.

24 de enero de 1940.

L. TROTSKY.

Los Organos de la IV Internacional

ESTADOS UNIDOS.

Socialist Appeal.—bisemanal.
The New International.—mensual.
Challenge of Youth.
Organo de la Juventud Socialista.
116 University pl., New York. N. Y.

BELGICA.

Publicaciones ilegales

INGLATERRA.

Workers Fight.
A. Fitzway 75 Atghan Rd. Sn. 11 London.

POLONIA.

Publicaciones ilegales.

NORUEGA.

Publicaciones ilegales

DINAMARCA.

Publicaciones ilegales

INDOCHINA.

La Lutte y un órgano ilegal en anamita.

BRASIL.

A Lute de Classe y Sob Nova Bandera.— ilegales.

CUBA.

Rayo y Divisa.

PUERTO RICO.

Chispa.

UNION SUDAFRICANA.

Spark.

CHECOESLOVAQUIA.

Publicaciones ilegales

ARGENTINA.

Inicial.—Casilla 1606— Buenos Aires. Argentina. Nuevo Curso.

La Internacional.—Ing. López 395.—Córdoba, Argentina.

UNION SOVIETICA.

Boletín de la Oposición.

CHILE.

Alianza Obrera.
Casilla 13219.
Santiago de Chile.
Organo del Partido Obrero Internacionalista.

Lucha de Clases.

Clasificador 504.
Santiago de Chile.
Organo del Grupo Internacionalista Obrero.

AUSTRALIA.

The Militant.
Organ of the Communist League of Australia.
The Editorial Board.
First Floor 108.
William Street, Sydney, Australia.

FRANCIA.

L'Etincelle.
Organo ilegal de la Sección Francesa de la Cuarta Internacional.

ALEMANIA.

Unser Wort.
Organo mensual de los Bolchevique-leninistas alemanes.
Dale Edward, Box 173 Sta. D. New York, N. Y., E. U. A.

ESPAÑA.

19 de Julio.
Organo del Grupo bolchevique Leninista español. Apartado 8052, México, D. F.

MEXICO.

Lucha Obrera.
Organo del Partido Obrero Internacionalista. Sección Mexicana de la Cuarta Internacional.

Para obtener las publicaciones anotadas, dirigirse a CLAVE, Apartado Postal 8942, México, D. F.

Pedid directamente a CLAVE:

SU MORAL Y LA NUESTRA

[Con un Apéndice Inédito]

Por

LEON TROTSKY

Unica Traducción Fiel de esta Obra del
gran Teórico Marxista

\$1.00 Ejemplar (M. Mexicana)

Descuentos a agentes. Despachamos pedidos C. O.
D. y correo reembolso a la República. Los pedidos del
exterior deben venir acompañados de su importe. In-
formes en la redacción de CLAVE.